

EL COLOR DE LA CONCIENCIA



SALVADOR RANGEL ABUD

LOS COLORES DE LA CONCIENCIA

Novela de fábula ética y sátira burocrática

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Era martes — siempre era martes en la oficina de Supervisión Interna de Contratos Colectivos, incluso los viernes — cuando el cielo decidió jugarle una broma cósmica a Homero Rascón. El rayo lo alcanzó frente al edificio de la Secretaría de la Función Pública con la precisión de un contador público detectando un error de centavos: con exactitud, con ironía, y en el peor momento posible.

Homero sobrevivió. Pero ya no volvió a ver el mundo igual.

A partir de ese martes, cada persona que se cruza en su camino lleva un punto de color flotando sobre la frente: negro para los corruptos, amarillo para los envidiosos, rojo para la lujuria, blanco para la integridad, gris para la indiferencia resignada. Los puntos no mienten. No se negocian. No entienden de conveniencia política ni de jerarquía institucional.

Lo que Homero no esperaba era que el don se convirtiera en una responsabilidad más pesada que cualquier expediente del gobierno. Porque ver la verdad no es lo mismo que saber qué hacer con ella. Y en una burocracia perfectamente calibrada para que nadie haga nada que importe, la única pregunta que los colores no pueden responder es la más difícil: ¿qué tipo de persona quieres ser cuando ya no puedes pretender que no sabes lo que ves?

Los colores de la conciencia es una fábula sobre la integridad como decisión cotidiana, narrada desde el cubículo más improbable del mundo — el de un funcionario de medio rango que recibió un rayo y ya no pudo seguir mirando para otro lado.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene:

Sátira de la burocracia mexicana con base en experiencia institucional reconocible

Fábula ética sobre la corrupción, la complicidad y el costo personal de la integridad

Un don sobrenatural utilizado con rigor moral, no como recurso fantástico decorativo

Personajes secundarios clasificados cromáticamente con una precisión que puede resultar incómoda para algunos lectores

Reflexión sostenida sobre la diferencia entre sobrevivir en una institución y vivir con conciencia

Apta para todo público adulto. Especialmente recomendada para lectores con experiencia en el servicio público, en organizaciones con culturas de complicidad institucional, o con interés en la ética aplicada fuera del lenguaje académico.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado. En *Los colores de la conciencia* su trayectoria en instituciones públicas de salud — territorios donde la brecha entre el mandato institucional y la práctica cotidiana es tan familiar como el estetoscopio — se convierte en el sustrato de una novela que conoce desde adentro lo que narra desde afuera. Homero Rascón no es un personaje inventado en un vacío: es el destilado de todos los funcionarios que alguna vez se preguntaron, frente a un expediente irregular, qué hacer cuando nadie los está mirando.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Los Colores de la Conciencia **Autor:** Salvador Rangel Abud **Género:** Fábula ética / Realismo mágico / Sátira burocrática **Extensión:** 30,616 palabras aproximadamente **Estructura:** Prólogo + 10 capítulos + Epílogo **Idioma:** Español **Año de publicación:** 2026 **Plataforma:** Internet Archive — Acceso abierto **Contacto:** wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta historia nació de una pregunta que me he hecho muchas veces a lo largo de mi vida profesional en instituciones públicas: ¿qué haría la gente si no pudiera pretender que no sabe?

La respuesta honesta es incómoda. Algunos harían lo correcto. Muchos seguirían haciendo lo conveniente. Y la mayoría se quedarían en ese territorio intermedio donde viven la mayor parte de las personas que no son ni héroes ni villanos, sino funcionarios de medio rango con hipoteca, con jefe de punto negro, y con la sospecha creciente de que el costo de quedarse está empezando a superar al costo de irse.

Homero Rascón es esa mayoría. Y su rayo es la pregunta que todos deberíamos hacernos sin necesidad de que nos caiga encima.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud. © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con

finés comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa.
Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

ética · burocracia mexicana · fábula moral · realismo mágico · corrupción · integridad · función pública · sátira · conciencia · don sobrenatural · novela en español · dilema moral · servicio público · toma de decisiones · México

TEMAS PRINCIPALES

La integridad como decisión cotidiana, no como virtud innata ni estado permanente

La complicidad institucional: el costo de quedarse callado versus el costo de hablar

El don como responsabilidad: ver la verdad no exime de decidir qué hacer con ella

La burocracia como ecosistema moral con sus propias reglas de supervivencia

La complejidad humana frente a la tentación de clasificar: nadie es un solo color

El punto de inflexión: el momento en que el costo de permanecer supera al de cambiar

La bondad no como estado sino como elección repetida en circunstancias que la dificultan

CITAS DESTACADAS

"Era martes — siempre era martes en esa oficina, incluso los viernes."

"El rayo le había dado un regalo envenenado: la capacidad de ver la verdad, pero también la responsabilidad de decidir qué hacer con ella."

"Los puntos no mentían: mostraban la verdadera naturaleza de las personas con una honestidad brutal que las palabras y los gestos podían disfrazar pero nunca eliminar."

"A veces las irregularidades son solo... perspectivas diferentes de la misma realidad."

"Los que se van con la frente limpia siempre se están bien. Los que se quedan con la conciencia sucia son los que luego no duermen."

"Yo no perdí el don... solo dejé de necesitarlo."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores de las siguientes obras encontrarán en esta novela un territorio narrativo reconocible:

Gabriel García Márquez (*El coronel no tiene quien le escriba*, *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira*): el elemento mágico integrado con

naturalidad en un mundo burocrático y absurdo que no lo cuestiona sino que lo incorpora

Franz Kafka (*El proceso, El castillo*): la institución como laberinto con lógica propia, y el individuo que intenta mantener su integridad dentro de un sistema diseñado para absorberla

Jorge Ibargüengoitia (*El atentado, Las muertas*): la sátira de las instituciones mexicanas con personajes que son cómplices involuntarios de lo que critican

Italo Calvino (*Las ciudades invisibles, El barón rampante*): la fábula como vehículo de reflexión ética con estructura narrativa precisa y economía de medios

Dentro de la narrativa mexicana contemporánea, *Los colores de la conciencia* ocupa un espacio propio: el de la fábula burocrática que toma en serio tanto el humor como la ética, sin sacrificar ninguno de los dos en favor del otro.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Homero tarda varios capítulos en actuar sobre lo que ve. ¿Es eso cobardía, prudencia o simplemente realismo sobre cómo funcionan las instituciones?

El punto tornasolado de Lucía es el único que cambia de color constantemente. ¿Qué dice eso sobre la relación entre complejidad moral y los sistemas de clasificación que usamos para juzgar a las demás personas?

Don Crescencio, el intendente, tiene el punto blanco más constante de toda la novela. ¿Por qué cree que la novela elige a ese personaje — y no a un directivo o un profesionalista — para representar la integridad más pura?

Al final, Homero pierde el don. ¿Es eso una pérdida o una liberación?

¿Necesitamos señales externas para actuar correctamente, o son un andamiaje que eventualmente hay que retirar?

La licenciada Malena no es descrita como malvada, sino como "eficiente en su mediocridad." ¿Es ese un juicio más duro o más compasivo que llamarla corrupta?

¿Querría usted tener el don de Homero? ¿Durante cuánto tiempo cree que podría soportarlo?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *Los colores de la conciencia*. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Los colores de la conciencia*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Los colores de la conciencia*. Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ficción especulativa, la sátira política, la crónica costumbrista y — como demuestra esta entrega — la fábula ética de raíz institucional mexicana. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0.

Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay una pregunta que *Los colores de la conciencia* no responde directamente, pero que late en cada capítulo: ¿cuántas personas en instituciones públicas — y privadas, y académicas, y religiosas, y de cualquier tipo — están viendo exactamente lo que Homero ve, sin necesidad de ningún rayo?

La respuesta es incómoda porque es obvia. Todos hemos visto el punto negro de alguien y hemos decidido, por conveniencia o por miedo o por cansancio, no decir nada. Todos hemos archivado una incomodidad bajo el expediente mental de "no es mi problema" o "así funciona esto" o "ya habrá otro momento."

Homero Rascón no es un héroe porque tiene un don. Es un personaje cercano porque, con o sin don, enfrenta exactamente la misma pregunta que cualquier persona que trabaja dentro de una institución imperfecta en un mundo imperfecto: ¿cuándo el costo de quedarse callado se vuelve más alto que el costo de hablar?

La novela no da respuesta única. Pero sí sugiere que esa pregunta, formulada con honestidad y respondida con conciencia, es ya en sí misma un punto blanco en la frente.

Porque al final, el don no estaba en ver los colores de los demás. Estaba en aprender a ver el propio.

INDICE

PRÓLOGO: El día en que el cielo lo señaló

CAPÍTULO 1: Los puntos no mienten, licenciado

CAPÍTULO 2: El color del cinismo

CAPÍTULO 3: Los amarillos se pudren solos

CAPÍTULO 4: La lujuria huele a perfume barato

CAPÍTULO 5: El hombre con el punto blanco

CAPÍTULO 6: La reunión de los multicolores

CAPÍTULO 7: Lucía, la del punto tornasolado

CAPÍTULO 8: El juicio de los puntos

CAPÍTULO 9: La ceguera elegida

CAPÍTULO 10: La renuncia luminosa

EPÍLOGO: La humanidad en colores

PRÓLOGO

El día en que el cielo lo señaló

Homero Rascón había desarrollado tres habilidades fundamentales para sobrevivir en la oficina de "Supervisión Interna de Contratos Colectivos": fingir que revisaba documentos con extrema concentración cuando en realidad contaba las manchas del techo, asentir con sabiduría profesional ante cualquier disparate de sus superiores, y calcular con precisión matemática cuánto café necesitaba para mantenerse despierto durante las interminables juntas donde se discutía la urgente necesidad de formar una comisión para evaluar la pertinencia de crear un subcomité que decidiera qué grupos de trabajo debían existir para mejorar la productividad.

Era martes —siempre era martes en esa oficina, incluso los viernes— cuando el cielo decidió jugarle una broma cósmica a la ciudad. Homero caminaba por la avenida Reforma con su portafolio de piel sintética (regalo de su madre al graduarse, hace ya cinco años), cuando comenzó a llover. No era una lluvia normal, sino una de esas precipitaciones esquizofrénicas que parecen diseñadas por un meteorólogo con sentido del humor: gotas gordas y tibias

que caían mientras el sol brillaba con descaro, como si Dios hubiera decidido regar sus plantas sin apagar las luces.

La gente corría buscando refugio bajo los comercios, pero Homero siguió caminando. No por valentía o rebeldía, sino por esa resignación que caracteriza a los funcionarios públicos de medio rango: si el presupuesto no alcanzaba para un paraguas decente, tampoco alcanzaría para que la lluvia lo respetara.

Fue entonces cuando vio la luz...No la luz metafórica de la iluminación espiritual, sino una luz literal, blanca y furiosa, que bajó del cielo con la precisión de un contador público detectando un error de centavos en una declaración fiscal. El rayo lo alcanzó justo cuando pasaba frente al edificio de la Secretaría de la Función Pública, como si el universo hubiera querido hacer una declaración sobre la ironía cósmica.

El primer pensamiento coherente de Homero, después de preguntarse si había pagado su seguro de vida, fue que morir electrocutado frente a una dependencia gubernamental era el tipo de muerte que ni siquiera merecía una nota al pie en las estadísticas oficiales. El segundo pensamiento fue la sorpresa de seguir pensando.

Se incorporó lentamente, esperando encontrar su cuerpo carbonizado o al menos con un peinado permanentemente alborotado. Pero estaba intacto. Más que intacto: se sentía extrañamente lúcido, como si hubiera tomado el café perfecto después de años de conformarse con el brebaje aguado de la máquina de la oficina.

La gente lo miraba con esa curiosidad morbosa reservada para los accidentes de tránsito y las discusiones entre vecinos. Una señora mayor se acercó y le preguntó si necesitaba una ambulancia. Homero negó con la cabeza y se sacudió la ropa, agradeciendo en silencio que su traje gris (el mismo gris institucional de las paredes de su oficina) no mostrara evidencias de haber sido el blanco de la artillería celeste.

—¿Se siente bien, joven? —insistió la señora—. Lo vi brillar como árbol de Navidad.

Homero aseguró que estaba perfectamente, aunque comenzaba a notar algo peculiar. La señora tenía un punto amarillento flotando en medio de la frente. No era grande, del tamaño de una moneda de cinco pesos, pero era claramente visible. Parpadeó varias veces, pensando que serían secuelas del rayo, pero el punto siguió ahí, pulsando suavemente como un foco de cantina.

Agradeció a la mujer y siguió su camino hacia la oficina, notando que más gente tenía esos puntos. El vendedor ambulante de esquites llevaba uno rojizo; la secretaria que salía de un banco portaba uno negro como café de olla; un grupo de estudiantes exhibía una variedad de colores que hubiera hecho feliz a un fabricante de crayones.

Para cuando llegó al edificio donde trabajaba, Homero había desarrollado una teoría: o había sufrido daño cerebral y estaba alucinando puntos de colores, o había adquirido algún tipo de visión especial. Dado que trabajaba en el gobierno, la segunda opción le pareció más plausible que la primera.

El elevador estaba descompuesto, como todos los martes desde 1987, así que subió por las escaleras hasta el quinto piso. En el camino se cruzó con Gómez, su compañero de cubículo, quien llevaba un punto amarillo tan intenso que parecía semáforo en precaución.

—¿Qué tal, Homero? —le dijo Gómez con esa sonrisa que usaba cuando quería averiguar algo—. Te ves diferente. ¿Te hiciste algo en el pelo?

Homero se tocó la cabeza instintivamente. Su pelo, rebelde desde la preparatoria, seguía igual de indisciplinado.

—No, creo que es el clima —respondió, observando cómo el punto de Gómez pulsaba más intensamente.

—Mmm —murmuró Gómez, con el tono de quien archiva información para uso posterior—. Por cierto, la licenciada Malena quiere verte. Dice que es urgente.

Al mencionar a su jefa, Homero sintió el estómago contraerse con esa ansiedad familiar de los empleados públicos cuando son convocados por sus superiores. No era que la licenciada Malena fuera particularmente cruel; era simplemente eficiente en su mediocridad, lo cual, en el contexto gubernamental, resultaba más terrorífico que la crueldad pura.

La encontró en su oficina, sentada detrás de un escritorio que había visto mejores décadas, revisando unos expedientes con la concentración de un cirujano o un falsificador de documentos. Cuando levantó la vista, Homero casi se tambalea: la licenciada Malena tenía el punto más negro que había visto hasta entonces, tan negro que parecía absorber la luz de la habitación.

—Rascón —le dijo sin levantar completamente la vista—, necesito que revise estos contratos. Hay algunas...más bien muchas irregularidades que creo que debemos documentar adecuadamente.

Le entregó una carpeta amarilla, del tipo que usa el gobierno para hacer que los documentos importantes parezcan basura. Homero la abrió y leyó por encima: se trataba del contrato de una empresa de servicios de limpieza que, según los documentos, había facturado por limpiar edificios que aún no existían.

—¿Quiere que elabore un informe señalando las irregularidades? —preguntó Homero, aunque conocía la respuesta.

El punto negro de la licenciada Malena pulsó como un corazón enfermo.

—Quiero que elabore un informe señalando que todo está en orden —respondió con esa sonrisa que no llegaba a los ojos—. A veces las irregularidades son solo... perspectivas diferentes de la misma realidad.

Homero asintió como había aprendido a hacerlo: con la cabeza más que con la convicción. Tomó los documentos y regresó a su cubículo, donde Gómez lo esperaba con esa curiosidad amarillenta que caracterizaba sus puntos de color.

—¿De qué era la junta? —preguntó Gómez, fingiendo que revisaba su computadora.

—Rutina —respondió Homero, observando cómo el punto amarillo de su compañero se agitaba como agua hirviendo.

Durante el resto del día, Homero se dedicó a observar discretamente a sus colegas. Descubrió que el jefe de Recursos Humanos, el licenciado Vázquez, tenía un punto rojo que parpadeaba como luz de ambulancia cada vez que una empleada joven pasaba cerca de su oficina. La recepcionista, una mujer mayor que llevaba treinta años en el puesto, tenía un punto gris plateado que le daba un aire de dignidad cansada. El intendente, don Crescencio, portaba un punto blanco pequeño pero brillante, como una estrella tímida.

Al final del día, mientras esperaba el elevador (que milagrosamente había resucitado para las horas de salida), Homero se encontró con Lucía Mendoza, la nueva asesora externa que había llegado esa semana para "optimizar procesos". Era una mujer de unos treinta años, con esa seguridad que caracteriza a quienes han trabajado en empresas privadas y aún conservan la esperanza de que las cosas pueden funcionar bien.

Lo que lo desconcertó no fue su sonrisa amable o su manera directa de hablar, sino el punto que flotaba en su frente: era multicolor, como un pequeño caleidoscopio que cambiaba de tonos según se movía. En un momento era azul cielo, luego verde esmeralda, después dorado como miel de abeja.

—¿Usted es Homero Rascón? —le preguntó mientras entraban al elevador—. Me dijeron que es el único aquí que realmente sabe dónde están archivados los contratos de los últimos cinco años.

Homero asintió, hipnotizado por el punto cambiante de Lucía. Era como ver un atardecer en miniatura.

—Sí, bueno... alguien tiene que acordarse —respondió—. La memoria institucional aquí es como la del gobierno: selectiva y conveniente.

Lucía se rió, y su punto se volvió dorado brillante.

—Me gusta su honestidad —dijo—. Es refrescante en este lugar.

El elevador se abrió en la planta baja, y caminaron juntos hacia la salida. Afuera ya no llovía, pero el aire conservaba esa frescura húmeda que sigue a las tormentas absurdas.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo Lucía cuando llegaron a la puerta—. ¿Cómo hace para mantener la cordura en este trabajo?

Homero la miró, notando cómo su punto había adoptado un tono violeta suave, como la pregunta de alguien genuinamente interesado en la respuesta.

—Supongo que uno se acostumbra —respondió—. Como a vivir cerca del aeropuerto: al principio el ruido lo molesta, después ya no lo escucha.

—Pero eso no es vivir —dijo Lucía—, es solo sobrevivir.

Homero no supo qué responder. Durante cinco años había perfeccionado el arte de sobrevivir en el laberinto burocrático, de navegar entre la incompetencia y la corrupción sin mancharse demasiado las manos ni hacer

demasiadas preguntas incómodas. Había sido un buen soldado de la mediocridad institucional.

Pero ahora, viendo los colores que flotaban sobre las cabezas de la gente, se daba cuenta de que había estado viviendo en una especie de daltonismo moral. Los puntos no mentían: mostraban la verdadera naturaleza de las personas con una honestidad brutal que las palabras y los gestos podían disfrazar pero nunca eliminar.

Se despidió de Lucía y caminó hacia el metro, observando el desfile de colores que lo rodeaba: amarillos envidiosos, rojos lujuriosos, negros corruptos, grises indiferentes. Pero también algunos blancos puros, algunos azules serenos, algunos verdes esperanzadores.

Esa noche, mientras cenaba frente al televisor (noticiero donde el conductor tenía un punto negro tan intenso que parecía agujero), Homero reflexionó sobre lo que le había pasado. El rayo no solo le había dado la capacidad de ver los colores de la conciencia; le había mostrado que el mundo estaba lleno de verdades incómodas que todos preferían ignorar.

Al día siguiente tendría que decidir qué hacer con el informe sobre los contratos fantasma. Podía seguir siendo el Homero de siempre, el funcionario gris que acataba órdenes sin hacer preguntas, o podía convertirse en alguien diferente: alguien que había visto la luz —literalmente— y ya no podía fingir que no sabía distinguir entre lo correcto y lo incorrecto.

Se miró al espejo antes de acostarse, pero no pudo ver su propio punto. Quizás era una limitación del don, o quizás simplemente uno no podía juzgarse a sí mismo con la misma claridad con que juzgaba a los demás.

Lo que sí sabía era que ya no podía seguir viviendo como si los colores no existieran. El rayo le había dado un regalo envenenado: la capacidad de ver la verdad, pero también la responsabilidad de decidir qué hacer con ella.

Y esa, pensó mientras apagaba la luz, era una responsabilidad más pesada que cualquier expediente del gobierno.

CAPÍTULO UNO

Los puntos no mienten, licenciado

Homero despertó con la sensación de haber dormido dentro de una lavadora. Los sueños habían sido un carrusel de puntos de colores bailando alrededor de expedientes que cobraban vida y lo perseguían por pasillos infinitos de oficinas gubernamentales. Se levantó, se duchó con el agua tibia que el calentador de su departamento producía cuando estaba de buen humor, y se vistió con el mismo traje gris que había sobrevivido al rayo cósmico.

El espejo del baño le devolvió su rostro de siempre: pelo rebelde, ojeras de funcionario público y esa expresión de resignación que se adquiere después de cinco años de trabajar en un lugar donde la lógica va a morir. Pero había algo diferente en sus ojos, una alerta nueva, como si hubiera despertado después de años de sonambulismo burocrático.

En el metro, el espectáculo de colores se desplegó ante él con la magnificencia de un circo moral. La señora que leía el periódico gratuito tenía un punto gris ratón; el joven que escuchaba música con audífonos portaba un verde menta; el vendedor ambulante de chicles llevaba un amarillo chillón que parpadeaba cada vez que mentía sobre los ingredientes de sus productos.

"Libre de azúcar", gritaba, mientras su punto amarillo se agitaba como semáforo descompuesto.

Homero llegó a la oficina con diez minutos de retraso, lo cual en términos de servicio público equivalía a llegar temprano. Gómez ya estaba en su cubículo, tecleando con esa intensidad fingida de quien quiere parecer ocupado cuando en realidad está actualizando su perfil de red social.

—Buenos días, Homero —saludó sin levantar la vista—. ¿Cómo amaneciste? Te veías raro ayer.

Su punto amarillo pulsó como corazón de canario nervioso.

—Bien, bien —respondió Homero, observando cómo el color se intensificaba—. Solo fue un día extraño.

—Mmm —murmuró Gómez, archivando la respuesta en su mental fichero de información potencialmente útil—. Por cierto, la licenciada quiere verte. Dice que ya revisaste los contratos.

Homero sintió que el estómago se le contraía. Había pasado toda la noche pensando en esos documentos, en la empresa que facturaba por limpiar edificios fantasma, en la sonrisa de la licenciada Malena cuando le pidió que certificara que todo estaba "en orden". El punto negro de su jefa había sido tan intenso que parecía absorber no solo la luz, sino también la honestidad del ambiente.

Caminó hacia la oficina de la licenciada como un condenado hacia el patíbulo, pero un patíbulo tapizado con alfombra institucional color beige. La encontró hablando por teléfono, gesticulando con esa dramaticidad que caracteriza a los funcionarios cuando hablan con sus superiores.

—Sí, licenciado, por supuesto que todo está bajo control —decía, mientras su punto negro pulsaba como agujero negro en miniatura—. Los auditores no encontrarán nada irregular, se lo aseguro.

Cuando colgó, le dirigió a Homero esa sonrisa que había perfeccionado en cursos de "Relaciones Humanas en el Sector Público".

—Rascón, espero que tenga buenas noticias para mí.

Homero carraspeó, sintiendo que el momento de la verdad había llegado con la puntualidad de un funcionario público: tarde y mal preparado.

—Licenciada, revisé los contratos y.... bueno, encontré algunas inconsistencias.

El punto negro de Malena se contrajo como pupila expuesta a luz brillante.

—¿Inconsistencias? —preguntó con esa voz que usan los jefes cuando la palabra "inconsistencias" amenaza con convertirse en "problemas".

—Sí —continuó Homero, sorprendiéndose de su propia valentía—. La empresa facturó por servicios de limpieza en tres edificios que, según los registros de construcción, aún no existen. Es como si hubieran limpiado castillos en el aire. La metáfora le salió sin pensarla, pero le gustó. Tenía ese toque de absurdo que caracterizaba a todo el sistema.

—Rascón —dijo la licenciada, con esa paciencia exagerada que se usa con los niños y los empleados problemáticos—, usted sabe que en el gobierno las cosas no siempre siguen la lógica... digamos, convencional. A veces los edificios se construyen después de que se facturan los servicios. Es una cuestión de... flujos administrativos.

Su punto negro ahora pulsaba con la regularidad de un metrónomo diabólico.

—Pero licenciada —insistió Homero, sintiéndose como David contra Goliat, pero un David con gafas y sin honda—, los documentos son claros. No se puede limpiar lo que no existe.

—¡Ah! —exclamó Malena, como si hubiera descubierto la fórmula de la felicidad—. Pero ahí está su error, Rascón. Usted está pensando como abogado, no como funcionario público. En el gobierno, lo importante no es lo que existe, sino lo que está documentado que existe.

Homero parpadeó varias veces, tratando de procesar la lógica kafkiana que acababa de escuchar. Era como si le hubieran explicado que la gravedad funcionaba hacia arriba los martes.

—¿Entonces quiere que reporte que todo está en orden?

—Quiero que reporte la realidad administrativa —corrigió Malena—. Y la realidad administrativa es que los contratos están debidamente firmados, sellados y archivados. ¿O acaso va a dudar de la palabra de una empresa que lleva diez años prestando servicios al gobierno?

Homero salió de la oficina con la sensación de haber participado en una obra de teatro del absurdo. Regresó a su cubículo, donde Gómez lo esperaba con esa curiosidad amarillenta que lo caracterizaba.

—¿Cómo te fue? —preguntó, fingiendo desinterés mientras su punto parpadeaba como luciérnaga ansiosa.

—Normal —respondió Homero, observando cómo la mentira hacía que el amarillo de Gómez se agitara con más intensidad.

Durante la siguiente hora, Homero se dedicó a observar discretamente a sus colegas mientras fingía trabajar en el informe. La oficina se había convertido en un laboratorio de comportamiento humano donde los puntos de colores revelaban verdades que las palabras ocultaban.

La secretaria del director, doña Carmen, tenía un punto gris plateado que brillaba cada vez que ayudaba a alguien con genuina amabilidad. El contador, licenciado Pérez, portaba un punto verde olivo que se oscurecía cuando revisaba facturas sospechosas pero se aclaraba cuando encontraba errores genuinos. La mensajera, Lupita, llevaba un punto azul cielo que se mantenía constante, como el color del alma de quien ha encontrado paz en la sencillez de su trabajo.

Pero el espectáculo verdadero comenzó a las once de la mañana, cuando llegaron los representantes de otras dependencias para la reunión mensual de "Coordinación Interinstitucional" (nombre pomposo para una junta donde cada quien defendía su territorio como perro guardián).

Homero tuvo que acompañar a la licenciada Malena para tomar notas, lo cual en la práctica significaba sentarse en silencio y fingir que escribía cosas importantes mientras los funcionarios competían por ver quién decía menos con más palabras.

La sala de juntas se llenó de puntos de colores como un arcoíris burocrático. El director de Supervisión de Obras Públicas llegó con un punto rojo intenso que parpadeaba cada vez que mencionaba "transparencia". La subdirectora de Normatividad tenía un punto amarillo verdoso que se agitaba cuando hablaba de "eficiencia". El jefe de Auditores portaba un punto negro tan profundo que parecía portal a otra dimensión.

—Estimados colegas —comenzó el director de la reunión, un hombre cuyo punto morado cambiaba de intensidad según su audiencia—, hemos convocado esta reunión para abordar las nuevas directrices de transparencia en la contratación pública.

Homero observó, fascinado, cómo todos asentían solemnemente mientras sus puntos de colores revelaban la verdad: nadie tenía la menor intención de ser transparente en nada.

La licenciada Malena tomó la palabra:

—Por nuestra parte, en Supervisión Interna hemos implementado un sistema de revisión que garantiza el cumplimiento total de la normatividad vigente.

Su punto negro pulsó como corazón enfermo, y Homero tuvo que morderse la lengua para no reírse. Era como ver a alguien declarar que el agua era seca mientras se ahogaba en un río.

El director de Obras Públicas intervino:

—Nosotros hemos desarrollado un protocolo de seguimiento que asegura que todos los proveedores cumplan con los más altos estándares de calidad.

Su punto rojo se agitó violentamente, como bandera en huracán. Homero recordó haber leído en el periódico sobre las obras públicas que se caían solas y los puentes que se inauguraban quebrados.

La reunión continuó durante dos horas, un desfile de eufemismos y medias verdades donde cada funcionario hablaba de "compromiso", "excelencia" y "servicio público" mientras sus puntos de colores delataban corrupción, mediocridad y cinismo.

Pero lo que más impactó a Homero fue la naturalidad con que todos mentían. No eran mentiras maliciosas, sino mentiras institucionales, mentiras que formaban parte del sistema como las sillas y los escritorios. Era como si el edificio gubernamental fuera un teatro donde todos representarían el papel de funcionarios honestos en una obra que nadie creía pero que todos fingían que era real.

Al final de la reunión, cuando todos se despedían con apretones de manos y sonrisas profesionales, Homero se dio cuenta de algo perturbador: él había sido parte de esa obra durante cinco años. Había aprendido a hablar el idioma de la burocracia, a usar palabras que no significaban nada, a redactar informes que nadie leía sobre asuntos que nadie entendía.

Regresó a su cubículo con una sensación de vértigo moral. Gómez lo esperaba con esa ansiedad amarillenta que lo caracterizaba.

—¿Cómo estuvo la junta? —preguntó, como siempre.

Homero lo miró fijamente. El punto amarillo de Gómez se agitaba con esa intensidad que revelaba envidia pura, el deseo de estar en esa reunión, de ser parte del círculo interno de la mediocridad institucional.

—Ilustrativa —respondió Homero.

Por primera vez en cinco años, había dicho exactamente lo que pensaba.

Esa tarde, mientras fingía redactar el informe que certificaría que los edificios fantasma estaban limpios, Homero reflexionó sobre la revelación del día: los puntos no mentían, pero las personas sí. Y lo hacían con tanta naturalidad que habían convertido la mentira en una segunda naturaleza, en el idioma oficial del sistema.

La pregunta que lo atormentaba era simple y terrible: ¿qué color tendría su propio punto después de cinco años de participar en esa farsa?

Esa noche, al salir de la oficina, se encontró con Lucía en el elevador. Su punto multicolor brillaba con tonos dorados y azules, como atardecer sobre el mar.

—¿Cómo le fue en su primer día completo de observación? —le preguntó con una sonrisa que parecía genuina.

Homero la miró sorprendido.

—¿Observación?

—Ayer lo vi mirando a la gente de manera diferente —explicó Lucía—. Como si hubiera descubierto algo nuevo en rostros que antes le parecían familiares.

Su punto cambió a un violeta suave, el color de la comprensión.

Homero decidió arriesgarse:

—¿Usted qué opina de la gente con la que trabajamos?

Lucía sonrió, y su punto se volvió dorado brillante.

—Creo que son personas normales atrapadas en un sistema anormal —respondió—. Al final, todos nos adaptamos al ambiente donde vivimos. La pregunta es: ¿hasta qué punto podemos adaptarnos sin perder quiénes somos realmente?

Era la pregunta perfecta para alguien que acababa de descubrir que podía ver la verdadera naturaleza de las personas. Homero salió del edificio con una certeza nueva: los puntos no mentían, licenciado. La mentira era un lujo que solo se podían permitir quienes no sabían ver los colores de la conciencia.

CAPÍTULO DOS

El color del cinismo

La mañana del miércoles amaneció con esa melancolía gris que caracteriza a los días donde uno sabe que va a tomar decisiones importantes pero preferiría quedarse en cama fingiendo que el mundo no existe. Homero se despertó con el sabor amargo de los sueños inconclusos: había soñado que escribía un informe sobre edificios que se limpiaban solos mientras la licenciada Malena lo perseguía con un sello gigante que decía "APROBADO" en tinta negra como su punto de conciencia.

Se duchó con la parsimonia de quien sabe que cada minuto en casa es un minuto menos en el infierno burocrático. Mientras se rasuraba frente al espejo empañado, practicó distintas expresiones faciales: la cara de "todo está bajo control" que había perfeccionado durante cinco años, la cara de "acato órdenes sin chistar" que usaba con los superiores, y una nueva que estaba desarrollando: la cara de "sé lo que estás haciendo y no me parece bien pero aún no sé qué hacer al respecto".

Esta última necesitaba trabajo.

En el metro, el carnaval de colores se desplegó ante él con la familiaridad de una rutina recién adquirida. Observó a una pareja de novios cuyos puntos —rosa pastel él, rosa intenso ella— palpitaban al unísono como corazones enamorados. Un empresario de traje impecable llevaba un punto dorado que brillaba mientras revisaba su teléfono, probablemente calculando ganancias honestas. Pero también vio a un vendedor de seguros cuyo punto amarillo verdoso se agitaba como agua contaminada cada vez que practicaba su discurso de ventas susurrando "cobertura total garantizada".

Al llegar a la oficina, Homero notó que algo había cambiado en la atmósfera del lugar. Era como cuando hay tormenta en el ambiente: los animales se ponen nerviosos y la gente camina más rápido sin saber por qué. Gómez estaba en su cubículo, pero su punto amarillo parpadeaba con una intensidad nueva, más agitada, como semáforo en zona de construcción.

—Buenos días, Homero —le dijo con esa sonrisa que usaba cuando sabía algo que el otro no—. ¿Ya terminaste el informe de los contratos?

—Estoy en eso —respondió Homero, observando cómo el amarillo de Gómez se intensificaba como yema de huevo al sol.

—Mmm —murmuró su compañero, con esa muletilla que había perfeccionado para parecer profundo—. Solo te comento que la licenciada estuvo preguntando por ti temprano. Parecía... digamos... interesada en tu trabajo.

El punto amarillo de Gómez ahora pulsaba como corazón de canario asustado, revelando esa mezcla de curiosidad malsana y envidia que caracteriza a los funcionarios de medio rango cuando huelen drama administrativo.

Homero encendió su computadora —una reliquia de la era del disco flexible que el gobierno conservaba por nostalgia o masoquismo— y abrió el documento del informe. La pantalla azul parpadeó como guiño de

conspiración mientras él contemplaba el cursor que parpadeaba en la línea donde debía escribir sus conclusiones.

Podía escribir: "Después de revisar exhaustivamente los documentos, concluyo que todos los contratos se encuentran en perfecta concordancia con la normatividad vigente." Era la frase mágica, el ábrete sésamo burocrático que abriría las puertas de la tranquilidad laboral.

O podía escribir la verdad.

Mientras reflexionaba sobre esta disyuntiva existencial, apareció Lucía con una carpeta bajo el brazo y su punto multicolor brillando en tonos azules matutinos.

—Buenos días, Homero —saludó con esa naturalidad que tenía la gente honesta—. ¿Cómo va el informe?

—Complicado —admitió él, sorprendiéndose de su propia honestidad.

El punto de Lucía cambió a un violeta comprensivo.

—¿Sabe qué he notado en mis primeros días aquí? —dijo, bajando la voz—. Que en este lugar todos hablan mucho de normatividad, pero nadie la menciona cuando realmente importa.

Gómez levantó la cabeza como perro que oye silbato, su punto amarillo agitándose con esa curiosidad que caracteriza a los chismosos profesionales.

—¿De qué hablan tan interesantemente? —preguntó con esa sonrisa que no engañaba ni a los espejos.

—De trabajo —respondió Lucía con una sonrisa que era pura diplomacia—. ¿Verdad, Homero?

—Exacto —confirmó él, notando cómo el punto de Gómez se frustraba hasta adoptar un amarillo más opaco.

Lucía se alejó hacia su oficina temporal, pero antes de irse se acercó a Homero y le susurró:

—A veces la verdad es la única salida, aunque parezca la más complicada.

Su punto brilló en dorado puro, como consejo de oro de veinticuatro quilates.

Diez minutos después, la voz de la licenciada Malena resonó por toda la oficina con esa autoridad que había adquirido en cursos de "Liderazgo Efectivo en el Sector Público":

—¡Rascón! Mi oficina. Ahora.

Los puntos de todos los empleados se agitaron como luciérnagas en huracán. La convocatoria de un empleado por su nombre completo en voz alta era el equivalente burocrático de las campanas de catedral: todos sabían que algo importante estaba por suceder, pero nadie sabía si para bien o para mal.

Homero caminó hacia la oficina de su jefa con la dignidad de un gladiador rumbo al Coliseo, consciente de que todos lo observaban con esa morbosa curiosidad que caracteriza a los testigos de accidentes laborales.

La encontró sentada detrás de su escritorio como juez en tribunal supremo de la mediocridad. Su punto negro pulsaba con una intensidad nueva, más

densa, como agujero negro que acabara de absorber un planeta de buenas intenciones.

—Síntese, Rascón —le dijo con esa cortesía fría que precede a las ejecuciones administrativas.

Homero se sentó en la silla que había sido diseñada por alguien que odiaba profundamente la comodidad humana, y esperó. Había aprendido que en estas situaciones lo mejor era dejar que el superior hablara primero, como boxeador que espera el primer golpe para calcular la estrategia.

—He estado reflexionando sobre nuestro trabajo —comenzó Malena, con esa voz que usan los políticos cuando van a anunciar que los impuestos subirán por el bien del pueblo—. Y me he dado cuenta de que quizás no he sido suficientemente clara sobre nuestras... responsabilidades.

Su punto negro se contrajo como pupila expuesta a luz brillante.

—Creo que he entendido perfectamente mis responsabilidades, licenciada —respondió Homero, sorprendiéndose de que su voz sonara más firme de lo que se sentía.

—¿Ah, sí? —preguntó Malena, con esa sonrisa que habría hecho feliz a un dentista especializado en coronas falsas—. Porque tengo la impresión de que usted está confundiendo nuestro trabajo con una auditoría externa.

El punto negro ahora pulsaba como metrónomo diabólico.

—No, licenciada. Simplemente estoy haciendo mi trabajo: revisar contratos y reportar lo que encuentro.

—Pero Rascón —dijo ella, inclinándose hacia adelante como confesor que va a revelar un secreto divino—, usted debe entender que nuestro trabajo no es encontrar problemas, sino... ¿cómo decirlo?... administrar la información de manera que sea útil para la institución.

Homero parpadeó varias veces, tratando de descifrar el eufemismo. Era como si le hubieran dicho que su trabajo no era apagar incendios sino "administrar el oxígeno de manera que no interfiriera con la combustión natural".

—¿Quiere decir que debo reportar solo lo que conviene reportar?

El punto negro de Malena se agitó violentamente, como bandera en huracán.

—¡No! —exclamó, con esa indignación fingida que caracteriza a los políticos cuando los descubren diciendo la verdad—. Quiero decir que debe reportar la información completa, pero... contextualizada. Por ejemplo, si encuentra una irregularidad, debe considerar si esa irregularidad realmente afecta el funcionamiento de la institución o si es simplemente una... diferencia de interpretación normativa.

Homero se quedó en silencio, procesando lo que acababa de escuchar. Era como si le hubieran explicado que robar era malo, pero tomar prestado sin permiso de manera permanente era una cuestión de perspectiva.

—Licenciada —dijo finalmente, con esa voz que usan los empleados cuando están a punto de decir algo que puede terminar con su carrera—, los edificios

que supuestamente limpió esa empresa no existen. No es una interpretación normativa. Es un hecho físico.

El punto negro de Malena se volvió tan denso que parecía absorber no solo la luz, sino también la lógica del ambiente.

—Rascón —le dijo con esa paciencia exagerada que se usa con niños problemáticos—, usted está siendo muy... literal. En el gobierno, las cosas no siempre funcionan de manera literal. A veces los edificios existen en términos administrativos antes de existir en términos físicos.

—¿Cómo puede existir algo administrativamente si no existe físicamente?

—¡Exactamente! —exclamó Malena, como profesora que acaba de escuchar la respuesta correcta—. Está haciendo las preguntas equivocadas. En lugar de preguntarse si los edificios existen, debería preguntarse si los contratos existen. Y los contratos sí existen, ¿verdad?

Homero asintió lentamente, sintiendo que participaba en una obra de teatro del absurdo dirigida por Kafka en sus días más creativos.

—Entonces —continuó Malena, con el tono triunfal de quien acaba de resolver el misterio del universo—, su informe debe concentrarse en lo que sí existe: los contratos. No en lo que no existe: su interpretación personal de la realidad física.

—Pero licenciada...

—Nada de peros, Rascón —lo interrumpió, con esa autoridad que había aprendido en seminarios de "Gestión del Capital Humano"—. Me preocupa que esté desarrollando una actitud... ¿cómo llamarla?... subversiva de escritorio.

La frase le salió con la naturalidad de quien la había usado antes. Homero se preguntó cuántos empleados habrían sido diagnosticados con esa extraña enfermedad laboral.

—¿Subversiva de escritorio?

—Sí —confirmó Malena, con esa certeza que caracteriza a los funcionarios cuando inventan términos nuevos—. Es cuando un empleado comienza a cuestionar los procedimientos establecidos bajo el pretexto de hacer "bien" su trabajo, sin entender que hacer "bien" el trabajo significa hacerlo como se debe hacer, no como uno cree que se debe hacer.

Homero se quedó callado, observando cómo el punto negro de su jefa pulsaba con la regularidad de un corazón enfermo. Por primera vez en cinco años, entendía completamente lo que estaba pasando: no era incompetencia, no era ignorancia. Era un sistema perfectamente diseñado para funcionar mal, y él había estado siendo un engrane eficiente en esa maquinaria de la mediocridad.

—¿Entiende lo que le estoy diciendo, Rascón?

—Perfectamente, licenciada.

Y era cierto. Entendía que su jefa tenía miedo. El punto negro no solo revelaba corrupción; revelaba terror. Terror a que alguien empezara a hacer preguntas

incómodas, a que la farsa se desmoronara, a que la luz llegara a los rincones donde prosperaba la oscuridad institucional.

—Excelente —dijo Malena, con esa sonrisa que había perfeccionado para cerrar conversaciones incómodas—. Espero tener el informe en mi escritorio antes del mediodía. Y Rascón... recuerde que un buen empleado es aquel que hace que su jefe se vea bien, no aquel que hace que su jefe se vea... complicado.

Homero salió de la oficina con la sensación de haber participado en una clase magistral sobre corrupción institucional. Regresó a su cubículo, donde Gómez lo esperaba con esa curiosidad amarillenta que se había intensificado hasta parecer yema de huevo fluorescente.

—¿Cómo te fue? —preguntó, con esa naturalidad fingida que caracteriza a los chismosos profesionales.

—Educativo —respondió Homero, observando cómo el punto amarillo de Gómez se agitaba con frustración por no obtener detalles jugosos.

Durante la siguiente hora, mientras fingía redactar el informe, Homero observó discretamente a sus colegas. La oficina se había convertido en un acuario de comportamiento humano donde cada quien nadaba en su propio color de conciencia. Pero por primera vez notó algo que antes se le había escapado: todos evitaban su mirada.

Era como si hubiera desarrollado una enfermedad contagiosa llamada "pensamiento crítico" y todos temieran infectarse. Don Crescencio, el intendente del punto blanco, le sonrió como siempre, pero incluso él parecía mantener una distancia prudente. Lupita, la mensajera de punto azul cielo, siguió siendo amable, pero había algo forzado en su cordialidad.

Solo Lucía se comportaba normalmente. Pasó por su cubículo cerca del mediodía y le preguntó cómo iba el trabajo.

—Complicado —admitió Homero—. Resulta que hacer bien el trabajo significa no hacerlo realmente bien.

El punto multicolor de Lucía adoptó un tono rojizo, como atardecer furioso.

—Bienvenido al club de los subversivos de escritorio —le dijo en voz baja, con una sonrisa que era mitad diversión, mitad solidaridad.

—¿Usted también ha sido diagnosticada?

—Desde el primer día —confirmó Lucía—. Al parecer, preguntar por qué las cosas se hacen como se hacen es síntoma de una peligrosa tendencia a pensar por cuenta propia.

Su punto cambió a dorado brillante, como sol que se niega a ocultarse.

—¿Y qué hace uno con ese diagnóstico?

Lucía se inclinó hacia él como conspiradora en una película de espías de bajo presupuesto.

—Depende —susurró—. ¿Quiere curarse y volver a ser un empleado modelo, o quiere aceptar que la enfermedad es en realidad la única forma de estar sano en un lugar enfermo?

Antes de que Homero pudiera responder, la voz de la licenciada Malena resonó por toda la oficina:

—¡Rascón! ¿Ya está listo mi informe?

Homero miró la pantalla de su computadora, donde el cursor parpadeaba burlonamente en la página en blanco. Era el momento de la decisión: podía escribir la mentira oficial y conservar su tranquilidad laboral, o podía escribir la verdad y aceptar las consecuencias de ser oficialmente diagnosticado como subversivo de escritorio.

Lucía se alejó, pero antes le susurró:

—Los puntos no mienten, ¿recuerda?

Y tenía razón. Los puntos no mentían. El problema era que él tampoco podía seguir haciéndolo.

Comenzó a escribir: "Después de revisar exhaustivamente los documentos proporcionados, he encontrado evidencia de que la empresa contratista ha facturado servicios de limpieza en tres inmuebles que, según los registros oficiales de construcción, no han sido edificados. Esta situación representa una irregularidad que requiere investigación adicional..."

Mientras escribía, sintió una extraña sensación de liberación, como si después de cinco años de contener la respiración finalmente pudiera exhalar. Sabía que estaba firmando su sentencia como empleado problema, pero también sabía que había cruzado una línea invisible: la que separa a quienes participan del sistema de quienes lo cuestionan.

Cuando terminó el informe, lo imprimió con esa ceremonia que se reserva para los documentos históricos. Caminó hacia la oficina de la licenciada Malena como revolucionario rumbo a la guillotina: con miedo, pero con la dignidad de quien ha elegido su destino.

La encontró revisando unos expedientes, su punto negro pulsando con la regularidad de un corazón que ya no creía en nada.

—Aquí está mi informe, licenciada —le dijo, colocando las hojas sobre el escritorio.

Malena levantó la vista y leyó por encima. Conforme avanzaba en la lectura, su punto negro se agitaba como tormenta en miniatura.

—Rascón —le dijo finalmente, con esa voz que usan los médicos cuando van a dar malas noticias—, creo que su condición de subversivo de escritorio es más grave de lo que pensé.

—Quizás —respondió Homero—. O quizás el problema no es que yo esté enfermo, sino que todos los demás estamos demasiado sanos para un lugar como este.

El punto negro de Malena se contrajo hasta convertirse en un agujero microscópico de pura desesperación. Por primera vez en cinco años, Homero había dicho exactamente lo que pensaba a su jefa. Y se sintió mejor de lo que había esperado.

Salió de la oficina sabiendo que había cambiado algo fundamental en su relación con el trabajo, con el sistema, y con él mismo. Los puntos no mentían, y él ya no podía seguir haciéndolo.

El color del cinismo, descubrió, era negro como la noche. Pero también descubrió que había otros colores en el espectro de la conciencia humana, y tal vez era hora de explorarlos todos.

CAPÍTULO TRES

Los amarillos se pudren solos

El jueves amaneció con esa luminosidad falsa que tienen los días cuando uno sabe que va a enfrentar las consecuencias de haber hecho lo correcto en el lugar equivocado. Homero se despertó con la extraña sensación de haber dormido mejor que en meses, a pesar de que su futuro laboral pendía de un hilo más delgado que el presupuesto para papelería de la oficina.

Mientras se duchaba con el agua que el calentador producía cuando recordaba su función original, reflexionó sobre los eventos del día anterior. Había entregado un informe honesto sobre edificios fantasma y servicios de limpieza imaginarios. En el mundo real, eso se llamaría "hacer su trabajo". En el mundo de la función pública, eso se llamaría "subversión de escritorio con tendencias autodestructivas".

Se vistió con el mismo traje gris que había sobrevivido a más crisis existenciales que un filósofo en crisis de mediana edad, y se dirigió al espejo del baño para practicar su nueva expresión facial: "soy inocente pero no ingenuo". Necesitaba más trabajo, pero el tiempo apremiaba.

En el metro, el espectáculo de colores se desplegó ante él con la familiaridad de una rutina que ya formaba parte de su nueva realidad. Observó a un grupo de estudiantes cuyos puntos brillaban en tonos azules y verdes limpios, como primavera en territorio urbano. Un vendedor de periódicos tenía un punto amarillo honesto que se mantenía constante mientras gritaba las noticias del día. Pero también vio a un político de campaña cuyo punto cambiaba de color según a quién le hablara: azul para los trabajadores, dorado para los empresarios, y un gris sospechoso para todos los demás.

Al llegar a la oficina, notó inmediatamente que algo había cambiado en la atmósfera del lugar. Era como entrar a una pecera donde todos los peces hubieran decidido fingir que el agua no estaba contaminada. Los saludos fueron más cordiales de lo normal, las sonrisas más amplias, y la sensación de falsedad tan densa que podría haberse cortado con un cuchillo de mantequilla institucional.

Gómez estaba en su cubículo, pero su punto amarillo había sufrido una transformación notable. Ya no era el amarillo chillón de la envidia común, sino algo más intenso, más viscoso, como mostaza que hubiera fermentado al sol durante semanas. Pulsaba con una irregularidad nerviosa que recordaba a los latidos de un corazón con arritmia emocional.

—Buenos días, Homero —le dijo con una sonrisa que habría hecho feliz a un dentista especializado en prótesis mal ajustadas—. ¿Cómo amaneciste, colega?

La palabra "colega" salió con esa dulzura artificial que usan los políticos cuando hablan de "servir al pueblo". Su punto amarillo se agitó como gelatina en terremoto.

—Bien, Gómez, gracias por preguntar —respondió Homero con genuina amabilidad—. ¿Y tú? Te veo muy... energético esta mañana.

El punto amarillo de Gómez parpadeó como semáforo descompuesto. Era evidente que esperaba una respuesta defensiva, quizás algo de paranoia post informe, pero la amabilidad sincera lo había desarmado como paraguas en huracán.

—Sí, sí, muy bien —murmuró, claramente desconcertado—. Solo que... bueno, ya sabes cómo es esto. Uno escucha rumores, comentarios...

—¿Rumores? —preguntó Homero con esa curiosidad genuina que tienen los niños cuando descubren algo nuevo—. ¿Qué tipo de rumores?

Gómez se removió en su silla como gato en agua tibia. Su punto amarillo ahora se agitaba con la intensidad de una batidora en velocidad máxima.

—Nada específico —dijo, intentando sonar casual mientras su color lo traicionaba—. Solo que la gente comenta que hubo... digamos... cierta tensión con la licenciada.

—Ah, eso —respondió Homero con la tranquilidad de quien habla del clima—. Sí, tuvimos una conversación muy educativa sobre interpretaciones normativas. Aprendí mucho sobre la diferencia entre hacer bien el trabajo y hacer el trabajo como se debe hacer.

El punto de Gómez se contorsionó como serpiente en frenesí. Era evidente que la respuesta no había sido la esperada. En el mundo de la paranoia burocrática, quien había enfrentado a la autoridad debería estar nervioso, defensivo, buscando aliados o preparando su renuncia. Pero Homero simplemente sonreía con esa tranquilidad que tienen las personas que han decidido dejar de fingir.

—Mmm —murmuró Gómez, con esa muletilla que había perfeccionado para llenar silencios incómodos—. Y... ¿todo quedó resuelto?

—Por mi parte, sí —respondió Homero—. Entregué mi informe tal como lo sentí correcto, y ahora las decisiones están en otras manos. Es liberador, la verdad.

La palabra "liberador" hizo que el punto amarillo de Gómez adoptara una tonalidad más intensa, como yema de huevo radioactiva. Su compañero de cubículo no solo no estaba preocupado; parecía... contento.

Durante la mañana, Homero notó que Gómez había iniciado una campaña sutil pero persistente para obtener información. Como detective aficionado con credencial de funcionario público, se acercaba discretamente a otros empleados para "comentar casualmente" sobre la situación.

—¿No te parece que Homero está actuando raro últimamente? —le susurró a doña Carmen, la secretaria del director.

Doña Carmen, cuyo punto gris plateado brillaba con esa sabiduría que da la experiencia de sobrevivir a veinte años de intrigas burocráticas, le respondió con una sonrisa maternal:

—Mijo, en este lugar todos actuamos raro. Es parte del trabajo.

Su punto se mantuvo estable, como faro en tormenta administrativa.

Gómez también intentó con el contador, licenciado Pérez:

—¿Has notado algo diferente en Rascón? —preguntó mientras fingía revisar unos documentos.

El licenciado Pérez, cuyo punto verde olivo se aclaró con diversión genuina, respondió:

—Sí, últimamente se ve más relajado. Le sienta bien.

Pero la respuesta que más perturbó a Gómez vino de Lupita, la mensajera de punto azul cielo:

—Ay, sí, don Homero está muy simpático últimamente —le dijo con esa alegría natural que caracteriza a las personas honestas—. Ayer me preguntó cómo estaba mi nieto enfermito, y hoy me trajo un dulce que compró en la tiendita de abajo. Es muy detallista.

El punto amarillo de Gómez se agitó violentamente. La información no encajaba con su teoría de que Homero debería estar nervioso, paranoico, buscando apoyo desesperadamente. En cambio, parecía estar... siendo amable. Genuinamente amable.

La situación se intensificó durante el receso de las diez y media, cuando Homero se acercó al cubículo de Gómez con dos tazas de café.

—Te traje café —le dijo con esa naturalidad que tienen los gestos realmente desinteresados—. Pensé que podrías necesitarlo. Has estado trabajando muy intensamente toda la mañana.

Gómez recibió la taza como si fuera una granada sin seguro. Su punto amarillo ahora pulsaba con tal intensidad que parecía semáforo en zona de desastre natural.

—Gracias —murmuró, oliendo el café como detective que busca veneno—. Muy... considerado de tu parte.

—Para nada —respondió Homero—. Somos compañeros, ¿no? Es lo menos que puedo hacer.

Y se fue, dejando a Gómez con la taza en las manos y una expresión de desconcierto total. Su punto amarillo ahora adoptaba tonalidades verdosas, como mostaza que hubiera empezado a fermentar con ingredientes cuestionables.

Durante el resto de la mañana, Gómez se dedicó a analizar obsesivamente cada gesto de Homero. Cuando su compañero saludaba cordialmente, Gómez interpretaba sarcasmo oculto. Cuando Homero compartía su almuerzo, Gómez

veía manipulación psicológica. Cuando Homero simplemente trabajaba en silencio, Gómez lo interpretaba como frialdad calculada.

La paranoia, descubrió Homero observando el espectáculo, era como una infección que se alimentaba a sí misma. Mientras más amable se comportaba él, más sospechoso parecía a los ojos amarillentos de su compañero.

La situación alcanzó su punto crítico durante la comida. Homero había salido a comprar tacos a un puesto de la esquina, y regresó con una orden extra.

—Gómez —le dijo, ofreciéndole la bolsa—, compré tacos de más. ¿Quieres?

El punto amarillo de su compañero se convulsionó como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Era demasiado. La amabilidad constante, los gestos desinteresados, la tranquilidad inexplicable... Todo apuntaba a una sola conclusión en la mente enferma de la envidia: Homero estaba jugando un juego muy sofisticado.

—No, gracias —respondió Gómez con esa cortesía forzada que usan los rehenes—. Ya comí.

Era mentira. Su punto amarillo lo delataba, pero también revelaba algo más perturbador: había empezado a rechazar actos de bondad por principio, como si la amabilidad fuera una trampa personal dirigida específicamente hacia él.

Esa tarde, mientras Homero trabajaba tranquilamente en sus reportes rutinarios, notó que Gómez había comenzado a murmurar para sí mismo. Era un murmullo apenas audible, como el zumbido de un mosquito neurótico, pero constante.

—¿Dijiste algo, Gómez? —le preguntó con genuina curiosidad.

—¡No! —respondió su compañero con una intensidad que hizo que varios empleados voltearan—. No dije nada. ¿Por qué tendría que decir algo? No tengo nada que decir. Nada en absoluto.

Su punto amarillo ahora había adoptado una tonalidad casi fluorescente, como advertencia de peligro biológico.

Lucía, que pasaba por ahí camino al archivo, se acercó con esa naturalidad que caracterizaba sus intervenciones.

—¿Todo bien por acá? —preguntó, su punto multicolor adoptando tonos azules de preocupación genuina.

—Todo perfecto —respondió Homero—. ¿Verdad, Gómez?

Gómez miró a Lucía, luego a Homero, y su punto amarillo comenzó a parpadear como código morse de la desesperación.

—Sí, sí, todo... perfecto —murmuró, pero la palabra "perfecto" salió como si fuera un insulto personal dirigido al concepto mismo de perfección.

Lucía intercambió una mirada con Homero. Su punto multicolor cambió a un violeta comprensivo, el color de quien reconoce un drama humano cuando lo ve.

—Bueno —dijo diplomáticamente—, si necesitan algo, estaré en el archivo.

Se alejó, pero no sin antes susurrarle a Homero:

—La amabilidad puede ser devastadora para quienes no la entienden.

Y tenía razón. Durante las siguientes dos horas, Homero observó fascinado cómo Gómez se autodestruía emocionalmente sin ninguna ayuda externa. Su punto amarillo pasó por toda una gama de tonalidades enfermizas: amarillo verdoso cuando interpretaba malicia en los saludos cordiales, amarillo anaranjado cuando veía conspiración en los gestos amables, y amarillo casi marrón cuando la paranoia alcanzaba niveles industriales.

El espectáculo llegó a su clímax a las cuatro y media de la tarde, cuando la licenciada Malena salió de su oficina para dirigirse a una reunión. Al pasar junto a los cubículos, saludó con esa cordialidad profesional que había perfeccionado en seminarios de relaciones humanas.

—Buenas tardes, muchachos. Que tengan buen fin de jornada.

—Buenas tardes, licenciada —respondió Homero con naturalidad.

Gómez, en cambio, se quedó paralizado. Su punto amarillo se agitó violentamente mientras interpretaba el saludo como una señal secreta, una confirmación de alguna conspiración imaginaria entre Homero y la autoridad.

Cuando la licenciada se fue, Gómez se volvió hacia Homero con una expresión que mezclaba acusación y terror a partes iguales.

—Ya sé lo que está pasando —le dijo con esa voz que usan los detectives de películas de serie B cuando creen haber resuelto el caso.

—¿Qué está pasando? —preguntó Homero con genuina curiosidad.

—Tú... tú la tienes comiendo de tu mano —acusó Gómez, su punto amarillo ahora pulsando como corazón en estado de pánico—. Todo esto es una actuación. La confrontación, el informe, la tranquilidad... Todo es parte de un plan.

Homero lo miró fijamente, tratando de entender la lógica de la paranoia. Era como contemplar una obra de arte abstracto: podía apreciar la pasión detrás de la locura, pero no lograba descifrar el mensaje.

—Gómez —le dijo con esa paciencia que se usa con niños asustados—, no hay ningún plan. Solo estoy tratando de hacer mi trabajo lo mejor que puedo y ser amable con mis compañeros.

—¡Exactamente! —exclamó Gómez, como si Homero hubiera confirmado sus peores sospechas—. ¡Esa es precisamente la estrategia! ¡Hacerte el bueno, el honesto, el que no rompe un plato!

Su punto amarillo ahora era tan intenso que parecía un pequeño sol enfermo orbitando su cabeza.

—Pero Gómez —insistió Homero—, no es una estrategia. Realmente estoy tratando de ser una mejor persona.

—¡Por eso mismo! —gritó su compañero, atrayendo la atención de toda la oficina—. ¡Nadie cambia tan rápido sin una razón oculta! ¡Nadie es TAN amable sin segundas intenciones!

El silencio que siguió a este estallido fue tan denso que podría haberse usado como material de construcción. Todos los empleados se habían quedado inmóviles, como figuritas de porcelana en exhibición de drama laboral.

Doña Carmen fue la primera en reaccionar. Se acercó con esa autoridad maternal que había desarrollado después de dos décadas de mediar conflictos burocráticos.

—Mijo —le dijo a Gómez con esa voz que usan las abuelas cuando van a dar un consejo que no admite discusión—, creo que necesitas tomar un poco de aire fresco.

Pero Gómez estaba más allá del consejo sensato. Su punto amarillo había alcanzado una intensidad casi radioactiva, como si toda la envidia acumulada durante años finalmente hubiera encontrado una salida.

—¡No! —gritó, señalando a Homero con un dedo acusador—. ¡Todos ustedes lo están viendo mal! ¡Este hombre es peligroso! ¡Es un manipulador! ¡Un... un... subversivo psicológico!

La frase "subversivo psicológico" salió con esa inventiva desesperada que caracteriza a la paranoia en sus estados más avanzados. Era como si hubiera diagnosticado una nueva enfermedad mental en el acto.

Homero se levantó de su silla con esa tranquilidad que tienen las personas que han encontrado paz interior en medio del caos exterior.

—Gómez —le dijo con genuina preocupación—, creo que estás muy estresado. ¿Quieres que hable con la licenciada para que te den el día libre?

—¡NO! —rugió Gómez, como si le hubieran ofrecido veneno—. ¡No quiero NADA de ti! ¡Ni tus cafés, ni tus tacos, ni tu falsa preocupación, ni tu... tu... amabilidad tóxica!

La frase "amabilidad tóxica" resonó por toda la oficina como grito primal de la neurosis administrativa. Era la acusación perfecta para alguien que había llegado al punto donde la bondad le parecía una amenaza personal.

En ese momento apareció la licenciada Malena, atraída por el escándalo. Su punto negro se agitó nerviosamente mientras evaluaba la situación.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó con esa autoridad que había aprendido en cursos de manejo de crisis laborales.

Gómez se volvió hacia ella como náufrago que ve un barco salvador.

—¡Licenciada! —gritó, con esa desesperación que caracteriza a las denuncias de última hora—. ¡Tengo que hablar con usted! ¡Es sobre Rascón! ¡Es... es... un subversivo psicológico con tendencias de amabilidad tóxica!

El diagnóstico había evolucionado en tiempo real, como virus que muta para sobrevivir.

La licenciada Malena miró a Homero, que se mantenía de pie con esa serenidad que tienen los acusados inocentes, luego miró a Gómez, cuyo punto amarillo ahora pulsaba como sirena de ambulancia emocional.

—Señor Gómez —le dijo con esa voz que usan los médicos cuando van a recomendar descanso—, creo que necesita tomarse el resto del día libre.

—¡NO! —insistió Gómez—. ¡Necesito explicarle! ¡Él está jugando con todos nosotros! ¡Su tranquilidad es falsa! ¡Su amabilidad es calculada! ¡Su... su... normalidad es anormal!

Era el diagnóstico final: la normalidad como síntoma de enfermedad mental. Homero casi se sintió impresionado por la creatividad neurótica de su compañero.

—Gómez —intervino doña Carmen con esa firmeza que no admitía discusión —, yo creo que sí necesitas descansar un poco.

Pero Gómez ya estaba más allá del punto de retorno. Su punto amarillo había comenzado a adoptar tonalidades marrones, como mostaza que hubiera empezado a pudrirse por dentro.

—¡Está bien! —gritó finalmente—. ¡Si nadie me cree, si todos están bajo su influencia diabólica de bondad artificial, entonces yo... yo... YO RENUNCIO!

El anuncio resonó por toda la oficina como campana de catedral en funeral. Era la culminación perfecta de una paranoia que había llegado a su conclusión lógica: cuando el mundo entero parece estar conspirando contra uno, la única salida es huir.

—Pero Gómez... —intentó decir Homero.

—¡NO! —lo interrumpió su excompañero—. ¡Ya no tienes que fingir! ¡Ganaste! ¡Conseguiste lo que querías! ¡Espero que seas feliz con tu... tu... victoria psicológica!

Y salió de la oficina como huracán de envidia autodestructiva, dejando tras de sí un silencio tan profundo que se podían escuchar los pensamientos de todos procesando lo que acababa de presenciar.

Homero se sentó lentamente en su silla, observando el cubículo vacío donde hasta hacía cinco minutos había trabajado un hombre cuyo punto amarillo había terminado consumiéndolo desde adentro.

Lucía se acercó con esa sabiduría práctica que la caracterizaba.

—¿Sabe qué acaba de pasar? —le preguntó en voz baja.

—Creo que acabo de presenciar una autodestrucción emocional —respondió Homero—. Sin hacer absolutamente nada.

El punto multicolor de Lucía adoptó un tono dorado comprensivo.

—Exactamente —confirmó—. Los amarillos se pudren solos. No necesitan ayuda externa. Su propia bilis los corroe hasta que no queda nada más que paranoia y autocompasión.

Homero reflexionó sobre la lección que acababa de aprender sin buscarla. Durante semanas había contemplado la posibilidad de confrontar la envidia de Gómez, de defenderse de sus pequeñas traiciones amarillas, de competir en el juego de la mediocridad institucional. Pero al final había descubierto algo mucho más poderoso: la amabilidad genuina era como ácido para la envidia. No porque fuera falsa o calculada, sino precisamente porque era real.

La licenciada Malena se acercó a su cubículo con esa expresión que tienen los jefes cuando no saben si felicitar o regañar.

—Rascón —le dijo—, espero que entienda que lo que acaba de pasar no tiene nada que ver con usted.

Su punto negro pulsaba con esa irregularidad que revelaba incomodidad genuina. Era evidente que la renuncia espectacular de Gómez la había dejado sin script para la situación.

—Lo entiendo, licenciada —respondió Homero—. Creo que el señor Gómez estaba pasando por un momento difícil.

—Mmm —murmuró ella, claramente aliviada de no tener que manejar otro "subversivo de escritorio"—. Bueno, supongo que ahora tendrá más espacio para... para trabajar tranquilo.

Se alejó, pero no sin antes murmurar algo sobre "recursos humanos" y "evaluaciones psicológicas preventivas".

Al final del día, mientras empacaba sus cosas, Homero reflexionó sobre la extraña lección que había aprendido. No había atacado a Gómez, no se había defendido de sus intrigas amarillas, no había jugado el juego de la competencia tóxica. Simplemente había decidido ser amable, genuinamente amable, y esa amabilidad había resultado ser más devastadora para la envidia que cualquier confrontación directa.

Era como si hubiera descubierto un principio universal: la bondad auténtica era la kryptonita de la mezquindad. No porque destruyera maliciosamente, sino porque exponía por contraste la fealdad de los sentimientos enfermizos.

Lucía se acercó mientras él terminaba de guardar sus cosas.

—¿Cómo se siente después de su primera victoria por no-combate? —le preguntó con una sonrisa que era pura complicidad intelectual.

—Confundido —admitió Homero—. No hice nada especial. Solo traté de ser decente.

—Exactamente —confirmó Lucía—. Y eso fue exactamente lo que Gómez no podía soportar. Para alguien amarillo hasta el alma, la decencia genuina es un reproche constante. Es como poner un espejo frente a un vampiro.

Su punto multicolor brillaba en tonos dorados y azules, como atardecer de sabiduría.

Salieron juntos del edificio, y Homero se dio cuenta de que había aprendido algo fundamental sobre la naturaleza humana: no siempre hace falta luchar contra la maldad. A veces basta con ser genuinamente bueno y dejar que la maldad se pudra sola en su propio veneno.

Los amarillos, descubrió, realmente se pudrían solos. Y lo más extraño de todo era que no sentía ni satisfacción ni pena por lo que había pasado. Solo una tranquila certeza de que había hecho lo correcto sin saber que lo estaba haciendo.

Era, pensó mientras caminaba hacia el metro, una forma muy extraña de ganar: sin pelear, sin planear, sin siquiera darse cuenta de que había una batalla hasta que terminó.

El punto de colores sobre su cabeza, se preguntó por primera vez, ¿de qué color sería? Pero decidió que era una pregunta para otro día. Por ahora, le bastaba con saber que los amarillos se pudren solos, y que a veces la mejor victoria es la que uno gana sin darse cuenta de que estaba compitiendo.

CAPÍTULO CUATRO

La lujuria huele a perfume barato

El viernes amaneció con esa claridad engañosa que tienen los días cuando uno cree que lo peor ya pasó, sin saber que el universo apenas está calentando motores para la siguiente lección de supervivencia burocrática. Homero se despertó con la extraña sensación de haber ganado una batalla sin haberla peleado, aun procesando cómo la envidia amarilla de Gómez se había auto destruido ante la simple amabilidad genuina.

Mientras se duchaba con agua que el calentador producía cuando recordaba sus funciones básicas, reflexionó sobre los eventos recientes. En menos de una semana había evolucionado de empleado modelo a subversivo de escritorio, había sobrevivido a una investigación sobre edificios fantasma, y había presenciado la renuncia espectacular de un compañero consumido por su propia paranoia. Si la vida fuera una serie de televisión, pensó, ya estaríamos cerca del final de temporada.

Se equivocaba.

En el metro, el carnaval de colores se desplegó ante él con esa familiaridad que ya formaba parte de su nueva percepción del mundo. Observó a una pareja de recién casados cuyos puntos brillaban en sincronía perfecta, como luces de navidad enamoradas. Un médico de guardia tenía un punto blanco ligeramente grisáceo por el cansancio, pero estable como faro en la tormenta. Pero también notó algo que no había visto antes: un ejecutivo de traje impecable cuyo punto rojo pulsaba con una intensidad irregular, como corazón con arritmia emocional, mientras su mirada se deslizaba de manera poco sutil sobre las pasajeras del vagón.

Al llegar a la oficina, inmediatamente notó que el cubículo de Gómez había sido limpiado y reorganizado con esa eficiencia que caracteriza a las instituciones cuando necesitan borrar evidencia de drama laboral. Era como si nunca hubiera existido un empleado llamado Gómez, como si la envidia amarilla hubiera sido simplemente un mal sueño administrativo.

—Buenos días, Homero —lo saludó doña Carmen con esa sonrisa maternal que había desarrollado para sobrevivir a dos décadas de catástrofes burocráticas—. El licenciado Mendoza quiere verte en Recursos Humanos.

Su punto gris plateado se mantuvo estable, pero había algo en su tono que sugería precaución. Era como cuando las abuelas dicen "abrigate bien" sin explicar por qué, pero uno sabe que hay razones meteorológicas específicas detrás del consejo.

Homero caminó hacia el departamento de Recursos Humanos con esa curiosidad que tienen los empleados cuando son convocados sin razón

aparente. El licenciado Roberto Mendoza era una leyenda urbana en la oficina: un hombre de cincuenta y tantos años que había llegado al puesto por una combinación de antigüedad, conexiones políticas, y esa habilidad especial que tienen algunos funcionarios para sobrevivir a todos los cambios de administración como cucarachas institucionales.

La oficina de Mendoza estaba decorada con esa elegancia de catálogo que caracteriza a los espacios de poder burocrático: diplomas enmarcados de cursos que probablemente nunca había tomado, fotografías con políticos que probablemente no recordaban haberlo conocido, y una colección de placas conmemorativas de eventos que probablemente nunca habían ocurrido. Pero lo que más llamó la atención de Homero fue el aroma del lugar: una mezcla de loción cara aplicada en exceso y algo que no logró identificar pero que le recordó a las secciones de perfumería de los almacenes departamentales.

—¡Homero! —exclamó Mendoza con esa efusividad que caracteriza a los vendedores de seguros cuando huelen comisión—. Pasa, pasa, ponte cómodo.

Su punto rojo pulsaba con una intensidad irregular, como semáforo descompuesto en zona de construcción emocional. Era un rojo diferente al que había visto en otras personas: no era el rojo de la pasión honesta o el enojo justificado, sino algo más viscoso, más pegajoso, como mermelada que hubiera fermentado bajo el sol.

—Buenos días, licenciado —respondió Homero, tomando asiento en la silla que había sido estratégicamente colocada para que el visitante quedara ligeramente más bajo que el escritorio—. Doña Carmen me dijo que quería verme.

—Exactamente...exactamente —confirmó Mendoza, con esa redundancia verbal que usan los políticos cuando quieren sonar enfáticos—. Verás, con la... digamos... inesperada partida de nuestro compañero Gómez, hemos estado evaluando la dinámica del departamento.

Se levantó de su silla con esa teatralidad que había aprendido en seminarios de "Presencia Ejecutiva", y comenzó a caminar alrededor del escritorio. Su punto rojo se agitó como gelatina en terremoto emocional.

—Y durante esta evaluación —continuó, acercándose peligrosamente al espacio personal de Homero—, hemos notado que tú has mostrado... ¿cómo decirlo?... ciertas cualidades especiales.

La frase "cualidades especiales" salió con esa entonación que usan los vendedores de autos usados cuando hablan de "oportunidades únicas". Su punto rojo ahora pulsaba con una regularidad hipnótica, como corazón que hubiera encontrado un ritmo nuevo y perturbador.

—¿Cualidades especiales? —preguntó Homero con genuina curiosidad.

—Sí, sí —confirmó Mendoza, posicionándose ahora directamente detrás de la silla de Homero—. Has demostrado una... madurez emocional muy poco común en empleados de tu nivel.

Sus manos se posaron en el respaldo de la silla, y Homero pudo sentir el aroma de la loción cara mezclado con algo que definitivamente olía a perfume

barato. Era como si alguien hubiera tratado de disfrazar el olor de un mercado de pulgas con ambientador de automóvil de lujo.

—Licenciado —dijo Homero, comenzando a sentirse incómodo—, si se trata de mi trabajo, puedo asegurarle que...

—¡No, no, no! —lo interrumpió Mendoza con esa vehemencia que usan los políticos cuando niegan escándalos—. Tu trabajo está perfecto. De hecho, es precisamente por eso que queremos... que YO quiero ofrecerte oportunidades de crecimiento profesional.

La corrección de "queremos" a "YO quiero" no pasó desapercibida. Su punto rojo ahora se agitaba con tal intensidad que parecía una sirena silenciosa de alarma emocional.

—¿Oportunidades de crecimiento? —preguntó Homero, genuinamente intrigado.

—Exactamente —confirmó Mendoza, regresando a su lado del escritorio pero manteniéndose de pie en una posición que le permitía inclinarse hacia adelante—. Verás, en Recursos Humanos creemos firmemente en el desarrollo integral del capital humano.

La frase "desarrollo integral del capital humano" salió con esa solemnidad que usan los burócratas cuando están a punto de proponer algo completamente alejado del desarrollo y la integralidad.

—Por eso —continuó, con una sonrisa que habría hecho feliz a un dentista especializado en coronas falsas—, hemos diseñado un programa especial de capacitación. Un programa muy... muy personal.

La palabra "personal" flotó en el aire como perfume barato en elevador cerrado. Su punto rojo ahora pulsaba con una intensidad casi hipnótica, como corazón que hubiera descubierto un nuevo tipo de latido.

—¿Personal? —repitió Homero, comenzando a entender que esta conversación se dirigía hacia territorio desconocido.

—Sí —confirmó Mendoza, inclinándose hacia adelante hasta que su aroma de loción cara y perfume barato invadió completamente el espacio de Homero—. Capacitación uno-a-uno. Muy... muy íntima.

La palabra "íntima" salió con esa entonación que habría hecho sonar alarmas en cualquier departamento de ética laboral que funcionara correctamente. Pero este era el gobierno, donde los departamentos de ética funcionaban como los calentadores de agua: ocasionalmente y cuando menos se esperaba.

Homero se removió en su silla, sintiendo que había entrado accidentalmente a una película de la que no había leído el guión.

—Licenciado —dijo con esa diplomacia que había aprendido para navegar aguas burocráticas turbulentas—, creo que no entiendo exactamente qué tipo de capacitación...

—¡Por supuesto que no entiendes! —exclamó Mendoza con esa efusividad que caracteriza a los vendedores cuando el cliente está a punto de cerrar el trato

—. ¡Esa es precisamente la belleza del programa! Es tan... tan innovador que requiere explicación práctica.

Se dirigió hacia una pequeña oficina anexa, equipada con una mesa de juntas, un sofá de cuero que había visto mejores décadas, y una iluminación tenue que habría sido romántica si no fuera completamente inapropiada para una oficina gubernamental.

—Esta —anunció con el orgullo de un arquitecto presentando su obra maestra— es nuestra aula especial de capacitación avanzada.

El punto rojo sobre su cabeza ahora se agitaba con tal violencia que parecía estar a punto de desprenderse y flotar independientemente por la habitación.

Homero observó el "aula especial" con esa fascinación científica que se reserva para los especímenes raros. Era evidente que alguien había invertido tiempo y dinero considerables en crear un ambiente que gritaba "acoso laboral" en todos los idiomas conocidos por la humanidad.

—Es muy... acogedora —comentó diplomáticamente.

—¡Verdad que sí! —confirmó Mendoza, claramente interpretando la diplomacia como entusiasmo—. Verás, Homero, el desarrollo del capital humano requiere un ambiente donde uno pueda... relajarse. Donde pueda bajarse las defensas profesionales y conectar a un nivel más... más humano.

La frase "bajarse las defensas" activó todas las alarmas mentales de Homero. Era como escuchar a un vendedor de autos usados hablar de "oportunidades especiales solo por hoy".

—Licenciado —dijo, adoptando esa tonalidad que usan los diplomáticos cuando están a punto de declinar una invitación a una guerra—, agradezco mucho su interés en mi desarrollo profesional, pero creo que prefiero las capacitaciones grupales tradicionales.

El punto rojo de Mendoza se contrajo violentamente, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Pero Homero —insistió, con esa persistencia que caracteriza a los vendedores de seguros cuando sienten que la comisión se les escapa—, las capacitaciones grupales son tan... tan impersonales. Tan frías. En cambio, las sesiones individuales permiten una atención más... más dedicada.

Se acercó nuevamente, y el aroma de perfume barato se intensificó como si alguien hubiera derramado toda la botella en la oficina.

—Mira —continuó, bajando la voz hasta adoptar esa tonalidad que usan los conspiradores en las películas de espías de bajo presupuesto—, entre tú y yo, las mejores oportunidades de ascenso en esta institución vienen de... de conexiones especiales. De relaciones de confianza mutua.

La frase "relaciones de confianza mutua" sonó como eufemismo diseñado por un comité de acosadores con título universitario.

—¿Conexiones especiales? —preguntó Homero, genuinamente curioso por ver hasta dónde llegaba esta presentación de ventas del acoso laboral.

—¡Exactamente! —exclamó Mendoza, claramente animado por lo que interpretó como interés—. Verás, en el sector público, el talento solo te lleva hasta cierto punto. Pero las relaciones personales... ah, las relaciones personales te abren todas las puertas.

Su punto rojo ahora pulsaba con una intensidad casi estroboscópica, como discoteca emocional en pleno frenesí.

—Y yo —continuó, con esa modestia falsa que usan los políticos cuando hablan de sus logros—, tengo excelentes relaciones con personas muy influyentes. Personas que podrían... ¿cómo decirlo?... acelerar significativamente tu carrera profesional.

Era el anzuelo perfecto: la promesa de ascenso rápido a cambio de "relaciones especiales". Homero se preguntó cuántos empleados habrían caído en esta trampa elegantemente diseñada.

—Licenciado —dijo, adoptando esa expresión que había perfeccionado para parecer interesado pero no comprometido—, suena muy interesante. Pero creo que antes debería consultarlo con mi esposa.

La mención de "esposa" hizo que el punto rojo de Mendoza parpadeara violentamente. Era evidente que el recordatorio de vínculos familiares no formaba parte de su estrategia de seducción burocrática.

—Ah —murmuró, claramente recalculando su aproximación—. Tu esposa. Por supuesto, por supuesto. Aunque debo mencionar que estas oportunidades... estas conexiones especiales... requieren cierto nivel de... discreción.

La palabra "discreción" salió con esa entonación que usan los criminales cuando explican por qué no deben llamarse a las autoridades.

En ese momento, como si el universo hubiera decidido intervenir directamente en la situación, sonó el teléfono de la oficina. Mendoza lo miró con esa irritación que sienten los vendedores cuando los interrumpen en el momento crucial de la venta.

—Disculpa un momento —murmuró, dirigiéndose al teléfono—. ¿Sí? Ah, señora Directora... Sí, sí, por supuesto... ¿Ahora mismo? Pero yo estoy en una reunión muy importante... Sí, sí, entiendo... Por supuesto, señora Directora.

Colgó con esa expresión que tienen los políticos cuando les recuerdan que existe alguien con más poder que ellos.

—Homero —dijo, claramente frustrado—, la señora Directora General requiere mi presencia inmediata. Pero no te preocupes, podemos continuar nuestra... conversación... muy pronto.

Su punto rojo se agitó con esa irregularidad que caracteriza a los corazones cuando son interrumpidos en medio del infarto.

—Por supuesto, licenciado —respondió Homero, levantándose con esa agilidad que tienen los prisioneros cuando les abren la celda—. Cuando usted guste.

Salió de la oficina de Recursos Humanos con la sensación de haber escapado de una trampa perfectamente diseñada por alguien con demasiado tiempo

libre y muy pocas consideraciones éticas. El aroma de perfume barato se quedó pegado a su ropa como evidencia de un crimen que casi se comete.

De regreso a su cubículo, se encontró con Lucía, que organizaba unos documentos con esa eficiencia que caracterizaba todo lo que hacía.

—¿Cómo le fue en Recursos Humanos? —preguntó con esa curiosidad genuina que la caracterizaba—. Se ve como si hubiera visto un fantasma.

Su punto multicolor adoptó tonos violetas de preocupación comprensiva.

—Digamos que fue... educativo —respondió Homero, aun procesando la experiencia—. ¿Tú has tenido alguna experiencia con el licenciado Mendoza?

El punto de Lucía cambió inmediatamente a un rojo intenso, pero no como el de Mendoza. Era un rojo limpio, furioso, como atardecer indignado.

—¿Por qué pregunta? —respondió con esa cautela que tienen las personas que han enfrentado situaciones similares.

—Porque me ofreció capacitación muy... personal —explicó Homero, observando cómo el punto de Lucía se agitaba violentamente.

—Ese hijo de... —comenzó, pero se detuvo, recordando dónde estaba—. Ese individuo ha sido un problema durante años. Pero nadie hace nada porque tiene conexiones políticas y siempre se las arregla para que parezca que las mujeres están... malinterpretando sus intenciones profesionales.

Su punto multicolor ahora era completamente rojo, como bandera de guerra ondeando en territorio enemigo.

—¿Has intentado denunciarlo?

—Yo y media oficina —confirmó Lucía—. Pero él es muy inteligente. Nunca cruza la línea completamente, siempre mantiene esa ambigüedad que le permite negar todo si es necesario.

Durante el resto de la mañana, Homero no pudo concentrarse en su trabajo. La experiencia con Mendoza lo había perturbado de una manera que no había anticipado. No era solo el acoso en sí, sino la sofisticación del sistema. Era como descubrir una fábrica de explotación emocional funcionando a plena capacidad en el corazón de la institución.

A la hora del almuerzo, mientras comía tacos en el puesto de la esquina, reflexionó sobre lo que había aprendido. Los puntos rojos, descubrió, no siempre significaban pasión o amor. En el caso de Mendoza, revelaban algo mucho más perturbador: lujuria mezclada con poder, deseo contaminado con oportunismo, apetito disfrazado de desarrollo profesional.

Era el color del predador burocrático.

La tarde trajo una sorpresa que nadie había anticipado. Alrededor de las tres, el rumor comenzó a circular por la oficina con esa velocidad que caracteriza a los chismes administrativos realmente jugosos: el licenciado Mendoza había sido convocado a una reunión disciplinaria con la Directora General.

—¿Sabes qué pasó? —le susurró doña Carmen a Lupita la mensajera, sin darse cuenta de que Homero podía escucharlas.

—Dicen que intentó sus trucos con la nueva Subdirectora de Finanzas —respondió Lupita con esa indignación que caracteriza a las personas honestas cuando se enfrentan a la depravación—. Pero resulta que ella es comadre de la Directora General.

La información circuló por la oficina como virus digital. En menos de una hora, todos sabían que Mendoza había cometido el error fundamental de cualquier predador institucional: había confundido a su presa.

A las cuatro y media, la noticia oficial llegó a través de doña Carmen, que había sido convocada para ser testigo del procedimiento disciplinario:

—El licenciado Mendoza ha sido suspendido sin goce de sueldo mientras se investiga una denuncia por acoso laboral —anunció con esa solemnidad que se reserva para los momentos históricos.

La oficina se quedó en silencio durante exactamente tres segundos, que es el tiempo que tarda una institución gubernamental en procesar un evento que todos sabían que iba a suceder eventualmente.

Luego estalló la celebración discreta que caracteriza a los empleados públicos cuando finalmente se hace justicia: sonrisas contenidas, miradas de complicidad, y esa sensación general de que el universo había recuperado temporalmente su equilibrio.

Lucía se acercó al cubículo de Homero con una expresión que mezclaba satisfacción e incredulidad a partes iguales.

—¿Escuchó las noticias? —preguntó, su punto multicolor brillando en tonos dorados de justicia poética.

—Las escuché —confirmó Homero—. ¿Sabe qué fue lo que finalmente lo acabó?

—Simple —respondió Lucía con una sonrisa que era pura sabiduría práctica—. Intentó seducir a alguien con más conexiones que él. La nueva Subdirectora resulta que es comadre de la Directora General desde la universidad.

—Entonces no fue la justicia lo que lo detuvo —reflexionó Homero—. Fue intentar acosar a la persona equivocada.

—Exactamente —confirmó Lucía—. El poder de los lujuriosos termina donde empieza una mujer con más poder. Es una regla tan vieja como la política misma.

Al final del día, mientras empacaba sus cosas, Homero reflexionó sobre la lección que había aprendido sin buscarla. Los predadores institucionales prosperaban no por ser particularmente inteligentes o poderosos, sino porque atacaban a víctimas que no tenían recursos para defenderse. Pero todos tenían un punto ciego: la arrogancia que los llevaba a creerse invencibles.

Mendoza había funcionado durante años porque había elegido cuidadosamente sus objetivos: empleadas jóvenes, trabajadoras con contratos temporales, mujeres sin conexiones políticas. Pero su éxito lo había vuelto descuidado, arrogante. Había comenzado a creerse intocable.

Y esa arrogancia lo había llevado a cometer el error fatal de cualquier depredador: atacar a alguien más poderoso que él.

Mientras caminaba hacia el metro, Homero pensó en el aroma de perfume barato que había llenado la oficina de Mendoza. Era, se dio cuenta, el olor de la lujuria institucionalizada: algo que trataba de disfrazarse como elegante y sofisticado, pero que al final no podía ocultar su naturaleza barata y patética.

La lujuria, descubrió, realmente olía a perfume barato. Y como todo lo barato, eventualmente se revelaba por lo que realmente era: una imitación patética de algo real, destinada a desmoronarse bajo la presión de la realidad.

El punto rojo de Mendoza, reflexionó, no había sido el color del amor o la pasión. Había sido el color de un corazón podrido por el poder mal usado, de un alma que había confundido el deseo con el derecho, la atracción con la posesión.

Y al final, como todos los corazones podridos, había terminado destruyéndose a sí mismo.

Era, pensó mientras el metro lo llevaba de regreso a casa, una lección sobre la justicia poética: a veces no hace falta luchar contra el mal. A veces basta con esperar a que el mal cometa el error de atacar a alguien más fuerte.

Los lujuriosos, descubrió, eventualmente se topaban con su límite. Y ese límite, invariablemente, tenía nombre de mujer y conexiones más poderosas que las suyas.

CAPÍTULO CINCO

El hombre con el punto blanco

El lunes amaneció con esa luminosidad sospechosa que tienen los días cuando el universo ha decidido ponerte a prueba con situaciones que no aparecen en los manuales de supervivencia burocrática. Homero se despertó con la extraña sensación de que la semana anterior había sido solo el calentamiento para algo más complejo, como si los eventos recientes hubieran sido únicamente el prólogo de una obra teatral cuyo desenlace aún no estaba escrito.

Mientras se duchaba con agua que el calentador producía cuando recordaba su vocación primigenia, reflexionó sobre las lecciones que había acumulado en las últimas semanas. Había aprendido que los grises se arrastraban hacia el poder como plantas carnívoras hacia la luz, que los amarillos se pudrían solos en su propia bilis, y que los rojos podían ocultar tanto pasión auténtica como lujuria institucionalizada. Pero aún no había descifrado completamente el código de colores que flotaba sobre las cabezas de sus conciudadanos.

En el metro, el espectáculo cromático se desplegó ante él con esa familiaridad que ya formaba parte de su rutina matutina. Observó a un grupo de estudiantes cuyos puntos azules brillaban con esa intensidad que caracteriza a la esperanza juvenil antes de ser procesada por la realidad. Una madre de familia llevaba un punto violeta cansado pero estable, como amor que había aprendido a administrarse con eficiencia doméstica. Pero su atención se vio

atraída por algo inusual: un ejecutivo de mediana edad cuyo punto negro se agitaba nerviosamente mientras revisaba obsesivamente unos documentos, como si estuviera preparándose para una auditoría existencial.

Al llegar a la oficina, notó inmediatamente que la atmósfera del lugar había cambiado. Era como entrar a un teatro donde todos los actores conocían el guión excepto él. Los saludos fueron más cordiales de lo normal, las sonrisas más amplias, y esa eficiencia artificial que caracteriza a las instituciones cuando esperan visitas importantes.

—Buenos días, Homero —lo saludó doña Carmen con esa sonrisa que había perfeccionado para las ocasiones especiales—. Hoy tenemos concurso de proveedores. Van a venir varias empresas a presentar sus propuestas para el nuevo contrato de suministros de oficina.

Su punto gris plateado brillaba con esa expectación que tienen las personas cuando saben que van a presenciar un espectáculo interesante. Era evidente que los concursos de proveedores eran eventos sociales significativos en el ecosistema burocrático.

—¿Concurso de proveedores? —preguntó Homero con genuina curiosidad.

—Sí, miijo —explicó doña Carmen con esa paciencia que caracteriza a las personas que han visto el mismo espectáculo repetirse durante décadas—. Cada año tenemos que renovar los contratos. Vienen las empresas, hacen sus presentaciones, prometen maravillas, y al final siempre gana la misma que tiene las mejores conexiones políticas.

La explicación llegó con esa naturalidad que caracteriza a las verdades burocráticas universalmente aceptadas. Era como explicar que el agua moja o que los lunes son inherentemente deprimentes.

—¿Y nosotros participamos en la evaluación? —preguntó Homero.

—En teoría, sí —respondió doña Carmen—. En la práctica, es más bien teatro educativo para cumplir con los requisitos de transparencia.

La frase "teatro educativo" resonó en la mente de Homero como definición perfecta de muchos procesos gubernamentales que había observado.

Durante la mañana, la oficina se transformó gradualmente en escenario de espectáculo empresarial. Llegaron ejecutivos de diferentes empresas, cada uno con su respectivo arsenal de presentaciones digitales, folletos a color, y esa sonrisa profesional que se usa como uniforme de batalla comercial.

El primero en presentar fue el representante de "Suministros Ejecutivos Deluxe", una empresa que, según su folleto, había sido "líder en soluciones integrales de oficina durante más de una década". El ejecutivo, un hombre de cuarenta y tantos años con traje que gritaba "exitoso pero accesible", tenía un punto gris que se agitaba nerviosamente mientras desplegaba su presentación.

—Señores —comenzó con esa efusividad que caracteriza a los vendedores cuando huelen comisión grande—, en Suministros Ejecutivos Deluxe no solo ofrecemos productos, ofrecemos experiencias administrativas transformadoras.

Su presentación incluyó gráficos que habrían impresionado a cualquier especialista en mercadotecnia, testimonios de clientes que sonaban como fueron escritos por el mismo departamento de ventas, y precios que, según explicó, representaban "inversiones estratégicas en eficiencia operativa".

El licenciado que había reemplazado temporalmente a Mendoza, un funcionario de mediana edad cuyo punto negro se mantenía estable como reloj suizo, asintió durante toda la presentación con esa expresión que habían enseñado en seminarios de "Escucha Activa en el Sector Público".

—Muy impresionante —comentó cuando la presentación terminó—. Definitivamente consideraremos su propuesta con la seriedad que merece.

Su punto negro no se inmutó ni por un segundo. Era evidente que había perfeccionado el arte de sonar comprometido sin comprometerse realmente con nada.

La segunda presentación estuvo a cargo de "Innovaciones Comerciales del Siglo XXI", una empresa que, según su representante, había "revolucionado el concepto tradicional de suministros de oficina mediante tecnologías disruptivas y metodologías de vanguardia".

La presentación incluyó tantas palabras de moda empresarial que sonó como si hubiera sido generada por un algoritmo diseñado específicamente para impresionar burócratas. Su representante, una mujer de treinta y tantos años con traje que gritaba "empoderamiento femenino en el mundo corporativo", tenía un punto rojo que pulsaba con esa intensidad que caracteriza a las personas que realmente creen en lo que están vendiendo.

—Nuestra propuesta no es solo una cotización —explicó con esa pasión que caracteriza a los misioneros comerciales—, es una alianza estratégica para transformar su institución en un referente de eficiencia administrativa.

El licenciado asintió con la misma expresión neutra que había usado para la presentación anterior, como si hubiera desarrollado una cara específica para estas ocasiones.

Pero fue la tercera presentación la que cambió completamente la dinámica del día.

A las once y media llegó un hombre de aproximadamente cincuenta años, vestido con un traje que había visto mejores décadas pero estaba impecablemente limpio y planchado. Llevaba un maletín de cuero genuino que mostraba las cicatrices del uso honesto, y tenía esa expresión que caracteriza a las personas que han trabajado duro durante toda su vida sin perder la dignidad en el proceso.

Pero lo que realmente llamó la atención de Homero fue su punto de color: un blanco resplandeciente que brillaba con una intensidad que nunca había visto. No era el blanco sucio de la neutralidad calculada o el blanco grisáceo del cansancio moral. Era un blanco puro, limpio, que parecía irradiar honestidad desde una fuente interna inagotable.

—Buenos días —dijo con una voz que tenía esa firmeza que se desarrolla después de décadas de decir la verdad—. Soy Joaquín Morales, de Papelería y

Suministros San José. Vengo a presentar nuestra propuesta para el contrato de suministros.

Su punto blanco se mantuvo perfectamente estable, como faro emocional en medio de la tormenta burocrática que lo rodeaba.

El licenciado lo recibió con la misma cortesía profesional que había usado con los anteriores, pero Homero notó algo diferente en la atmósfera de la sala. Era como si la presencia del hombre hubiera introducido un elemento que no encajaba completamente con el ambiente institucional.

—Por favor, don Joaquín —dijo el licenciado—, tome asiento y proceda con su presentación.

Joaquín se sentó con esa naturalidad que tienen las personas que no necesitan fingir confianza porque la han ganado honestamente. Abrió su maletín y sacó una carpeta de cartón manila que contenía documentos organizados con esa meticulosidad que caracteriza a los pequeños empresarios que entienden que cada detalle cuenta.

—Señores —comenzó, sin presentación digital ni folletos a color—, mi empresa existe desde hace veinticinco años. Comenzamos mi esposa y yo en un pequeño local, vendiendo cuadernos y lápices a las escuelas del barrio.

Su punto blanco brilló con más intensidad, como si los recuerdos honestos fueran combustible para su resplandor.

—No tengo gráficos sofisticados ni palabras elegantes —continuó con esa honestidad que caracteriza a las personas que han aprendido que la verdad es más eficiente que la retórica—. Lo que tengo son veinticinco años cumpliendo exactamente lo que prometo, a precios justos, con productos de calidad.

Sacó una hoja mecanografiada que contenía su cotización. Era un documento simple, sin logos elaborados ni diseño gráfico, pero cada renglón estaba escrito con esa precisión que caracteriza a las personas que entienden que los números no mienten.

—Nuestros precios son aproximadamente treinta por ciento más bajos que los que ustedes pagan actualmente —explicó—. No porque nuestros productos sean de menor calidad, sino porque no tenemos que pagar departamentos de mercadotecnia, ejecutivos de cuenta, ni presentaciones elaboradas. Nosotros simplemente vendemos buenos productos a precios honestos.

El silencio que siguió a esta declaración fue tan denso que podría haberse cortado con una navaja de afeitar burocrática. Era evidente que la simplicidad radical de la propuesta había dejado a todos sin el script apropiado para la situación.

Homero observó fascinado cómo el punto blanco de Joaquín se mantenía perfectamente estable mientras esperaba preguntas. No había nerviosismo, ansiedad, o esa desesperación apenas contenida que caracterizaba a los otros presentadores. Solo una tranquilidad absoluta que venía de saber que había dicho la verdad completa.

—Muy... muy interesante —murmuró el licenciado, claramente desconcertado por una presentación que no incluía promesas grandilocuentes ni terminología empresarial sofisticada—. ¿Y... su estrategia de servicio al cliente?

—Simple —respondió Joaquín—. Si algo sale mal, lo arreglamos inmediatamente. Si un producto no cumple con lo prometido, lo cambiamos sin preguntas. Si necesitan algo urgente, se los llevamos el mismo día.

Su punto blanco pulsó con esa regularidad que caracteriza a los corazones que han encontrado su ritmo natural.

—¿Y sus... referencias comerciales? —preguntó el licenciado, claramente buscando la trampa en una propuesta que sonaba demasiado directa para ser real.

Joaquín sacó una carpeta llena de cartas de recomendación escritas a mano por directores de escuela, gerentes de oficinas pequeñas, y administradores de negocios familiares. No eran testimoniales profesionales diseñados para impresionar, sino agradecimientos genuinos escritos por personas que habían trabajado con él durante años.

—Estas son algunas de las cartas que hemos recibido —explicó—. No pedimos que las escriban, simplemente llegan. Cuando uno cumple lo que promete durante veinticinco años, la gente tiende a notarlo.

Homero sintió algo que no había experimentado en meses trabajando en la institución: la presencia de autenticidad genuina en un ambiente que funcionaba principalmente con simulacros elegantemente diseñados. Era como encontrar una flor real en un jardín de plantas de plástico.

—¿Tienen alguna pregunta específica sobre nuestra propuesta? —preguntó Joaquín, con esa disponibilidad que caracteriza a las personas que realmente quieren ayudar.

Fue entonces cuando Homero tomó una decisión que no había planeado.

—Don Joaquín —dijo, levantando la mano como estudiante que quiere participar—, ¿podría explicarnos cómo mantiene precios tan competitivos sin sacrificar calidad?

El licenciado lo miró con esa expresión que tienen los supervisores cuando un subordinado interrumpe sin autorización previa, pero Joaquín respondió con una sonrisa que era pura gratitud por una pregunta honesta.

—Claro, joven —respondió—. Es muy simple. Compramos directamente a los fabricantes, sin intermediarios. No gastamos en publicidad cara porque nuestros clientes nos recomiendan. No tenemos oficinas lujosas porque trabajamos desde nuestro almacén. Y no necesitamos márgenes de ganancia exorbitantes porque vendemos volumen consistente a precios justos.

Cada palabra salía acompañada de un resplandor más intenso de su punto blanco, como si la honestidad fuera literalmente luminosa.

—Además —continuó—, conocemos personalmente a cada proveedor. Cuando uno ha trabajado veinticinco años en el mismo negocio, desarrolla relaciones basadas en confianza mutua. Eso se traduce en mejores precios y mejor servicio.

Homero asintió, genuinamente impresionado por la simplicidad revolucionaria de hacer negocios honestamente.

—¿Y cómo garantizan la continuidad del servicio? —preguntó, ignorando la mirada cada vez más molesta del licenciado.

—Mi hijo mayor estudió administración de empresas —explicó Joaquín con esa naturalidad que caracteriza a las personas que han construido algo que vale la pena heredar—. Él maneja la parte moderna del negocio: inventarios computarizados, entregas programadas, facturas electrónicas. Pero los principios siguen siendo los mismos que aprendí de mi padre: palabra cumplida y precio justo.

La combinación de tradición familiar con modernidad práctica sonaba como herejía en un ambiente donde las "soluciones integrales" y las "metodologías disruptivas" eran moneda corriente.

Después de la presentación, mientras Joaquín organizaba sus documentos con esa meticulosidad que caracteriza a las personas cuidadosas, se acercó al cubículo de Homero.

—Joven —le dijo—, agradezco sus preguntas. Se nota que realmente está interesado en entender cómo funcionamos.

Su punto blanco brillaba con esa calidez que caracteriza a las personas que reconocen honestidad cuando la ven.

—Es refrescante encontrar una propuesta tan directa —respondió Homero—. ¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Por supuesto.

—¿Nunca ha considerado... digamos... adaptar su presentación al estilo que esperan aquí? Más gráficos, más terminología técnica, más... ¿cómo decirlo?... sofisticación empresarial?

Joaquín sonrió con esa expresión que tienen las personas que han considerado la deshonestidad y la han rechazado conscientemente.

—Mire, joven —respondió—, durante veinticinco años me han sugerido que "modernice" mi forma de hacer negocios. Que contrate consultores, que diseñe presentaciones elaboradas, que hable como los ejecutivos de las grandes empresas.

Su punto blanco se intensificó, como si la convicción fuera literalmente iluminadora.

—Pero yo aprendí algo muy simple: cuando uno dice la verdad, no necesita recordar lo que dijo. Cuando uno vende productos honestos a precios justos, no necesita convencer a nadie de nada. Los resultados hablan por sí mismos.

Era una filosofía tan radical en el contexto burocrático que sonaba como manifiesto revolucionario.

—Además —continuó—, prefiero perder un contrato siendo honesto que ganarlo mintiendo. Al final del día, tengo que poder mirarme al espejo y saber que construí mi negocio sobre bases sólidas.

Homero se sintió genuinamente inspirado por esta declaración de principios tan simple y tan difícil de encontrar.

—Espero que su propuesta sea considerada seriamente —le dijo.

—Yo también lo espero —respondió Joaquín—. Pero si no es así, no pasa nada. Tengo suficientes clientes que valoran la honestidad como para mantener mi negocio funcionando. Y eso, para mí, es más valioso que cualquier contrato grande.

Se despidió con un apretón de manos firme y caminó hacia la salida con esa dignidad que caracteriza a las personas que nunca han tenido que comprometer sus principios para sobrevivir.

Pero la verdadera educación de Homero comenzó después de que Joaquín se fue.

Durante el resto de la tarde, comenzó a notar comentarios susurrados por toda la oficina. Era como si la presentación honesta hubiera introducido un virus de incomodidad en el ecosistema burocrático.

—¿Viste a ese señor de la papelería? —le murmuró Lupita a doña Carmen—. Qué raro que no trajera presentación digital ni nada elegante.

—Sí, muy extraño —confirmó doña Carmen—. En estos tiempos, una presentación tan simple casi parece... sospechosa.

La palabra "sospechosa" flotó en el aire como diagnóstico médico. Era evidente que la simplicidad radical se interpretaba como potencial fraude, como si la honestidad fuera una máscara que ocultaba intenciones ocultas.

La situación se intensificó cuando el licenciado convocó a una "reunión de evaluación" inmediatamente después de que terminaron todas las presentaciones.

—Bueno —comenzó con esa solemnidad que caracteriza a los funcionarios cuando van a tomar decisiones importantes—, hemos escuchado tres propuestas muy interesantes. Ahora necesitamos evaluarlas objetivamente según nuestros criterios institucionales.

Sacó una hoja que contenía una "matriz de evaluación" con categorías como "Sofisticación de la propuesta", "Capacidad de presentación", "Imagen corporativa", y "Experiencia con sector público".

Era evidente que los criterios habían sido diseñados para favorecer a las empresas grandes con departamentos de mercadotecnia sofisticados.

—Comencemos con Suministros Ejecutivos Deluxe —propuso—. Presentación excelente, materiales profesionales, experiencia comprobada en sector gubernamental.

Los puntos de aprobación se sucedieron automáticamente. Era como calificar un examen donde las respuestas correctas ya estaban predeterminadas.

—Innovaciones Comerciales del Siglo XXI —continuó—. Presentación dinámica, enfoque moderno, terminología actualizada.

Más puntos de aprobación, más asentimientos burocráticos, más confirmación de que el espectáculo era más importante que la sustancia.

—Y finalmente... —su voz adoptó esa tonalidad que usan los maestros cuando van a calificar al estudiante problemático—, Papelería San José.

El silencio que siguió fue tan denso que podría haberse usado como material de construcción.

—Bueno —murmuró finalmente—, la propuesta es... digamos... muy básica. Sin presentación digital, sin materiales profesionales, sin experiencia documentada en sector público.

—Pero sus precios son significativamente más bajos —intervino Homero, incapaz de quedarse callado ante la injusticia evidente.

El licenciado lo miró con esa expresión que tienen los profesores cuando un estudiante hace una pregunta que no está en el temario.

—Rascón —le dijo con esa paciencia forzada que caracteriza a las personas en posición de autoridad cuando son cuestionadas—, en el sector público no solo consideramos el precio. También evaluamos factores como la capacidad operativa, la imagen institucional, y la experiencia específica.

Era una manera elegante de decir que la honestidad y los precios justos no eran criterios relevantes para la evaluación.

—Además —continuó—, propuestas tan... digamos... simples, a menudo ocultan deficiencias que se revelan durante la ejecución del contrato.

La insinuación era clara: la simplicidad era evidencia de incapacidad, la honestidad era máscara de incompetencia, la transparencia era síntoma de amateurismo.

—Pero don Joaquín tiene veinticinco años de experiencia —insistió Homero—. Y referencias excelentes de sus clientes actuales.

—Sí, sí —murmuró el licenciado—, pero son referencias de... digamos... pequeños negocios. Nosotros necesitamos proveedores con experiencia en instituciones de nuestro nivel.

La frase "nuestro nivel" salió con esa pomposidad que caracteriza a las instituciones que han confundido la burocracia con la importancia.

Fue entonces cuando doña Carmen intervino con esa sabiduría que había desarrollado después de dos décadas observando el mismo espectáculo.

—Mijo —le susurró a Homero—, aquí no se premia la honestidad, joven.

La frase llegó como diagnóstico médico terminal. Era la explicación perfecta para todo lo que estaba presenciando: un sistema diseñado para recompensar la apariencia sobre la sustancia, la sofisticación sobre la honestidad, el espectáculo sobre los resultados.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Homero, aunque comenzaba a entender la respuesta.

—Que en un lugar donde todos mienten elegantemente —explicó doña Carmen—, el que dice la verdad parece sospechoso. Es como si fuera demasiado bueno para ser cierto.

Durante los siguientes días, Homero observó fascinado cómo se desarrollaba el proceso de "evaluación objetiva". Era un espectáculo de democracia

simulada donde el resultado estaba predeterminado pero se necesitaba la apariencia de un proceso justo.

Las empresas grandes enviaron ejecutivos de cuenta para "aclarar dudas" y "ofrecer información adicional". Sus visitas incluían almuerzos en restaurantes caros, regalos corporativos elegantemente disfrazados como "material promocional", y esa atención personalizada que caracteriza a los vendedores profesionales cuando huelen contrato grande.

Joaquín, en cambio, simplemente esperó. Su empresa no tenía ejecutivos de cuenta, presupuesto para almuerzos corporativos, ni regalos promocionales. Solo tenía veinticinco años de trabajo honesto y precios que eran treinta por ciento más bajos que la competencia.

Pero en el ecosistema burocrático, eso no era suficiente. De hecho, era precisamente por eso que no era suficiente.

El viernes por la mañana llegó la decisión oficial: "Después de un análisis exhaustivo de todas las propuestas, considerando factores técnicos, operativos y estratégicos, hemos decidido adjudicar el contrato a Suministros Ejecutivos Deluxe".

La justificación incluía párrafos elaborados sobre "sinergia operativa", "capacidad de respuesta institucional", y "experiencia comprobada en el sector público". No mencionaba que sus precios eran treinta por ciento más altos, o que su "experiencia comprobada" consistía principalmente en sobrecargar a instituciones gubernamentales durante años.

Homero se sintió genuinamente deprimido por la decisión. No solo por la injusticia evidente, sino por lo que revelaba sobre el sistema en el que trabajaba: un lugar donde la honestidad era penalizada sistemáticamente, donde la transparencia era interpretada como incompetencia, donde los precios justos eran vistos como evidencia de productos inferiores.

Esa tarde, decidió llamar a Joaquín para informarle personalmente de la decisión.

—Don Joaquín —le dijo—, quería llamarle para decirle que lamento mucho que no haya ganado el concurso. Su propuesta era claramente la mejor.

—Agradezco su llamada, joven —respondió Joaquín con esa tranquilidad que caracteriza a las personas que han aprendido a aceptar las injusticias sin volverse cínicas—. No me sorprende la decisión. He participado en muchos concursos como este durante los años.

—¿Y no se siente frustrado? —preguntó Homero.

—Al principio sí me frustraba —admitió Joaquín—. No entendía por qué perder contratos cuando ofrecía mejores productos a mejores precios. Pero con el tiempo aprendí algo: hay clientes que quieren honestidad, y hay clientes que quieren espectáculo. Yo prefiero trabajar con los que quieren honestidad.

Su filosofía era tan simple y tan profunda que Homero se sintió genuinamente educado por la conversación.

—¿Seguirá participando en concursos gubernamentales? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Joaquín—. Porque de vez en cuando, muy de vez en cuando, aparece alguien como usted que valora la honestidad sobre la sofisticación. Y esas victorias, aunque sean pocas, hacen que todo el proceso valga la pena.

Después de colgar, Homero reflexionó sobre la lección que había aprendido sin buscarla. En un sistema donde la deshonestidad elegante era la norma, la honestidad radical parecía sospechosa. Era como una inversión de valores tan completa que el bien parecía mal, y el mal parecía sofisticado.

Esa noche, mientras cenaba con su esposa, le contó sobre el hombre del punto blanco y la lección que había aprendido.

—Es como si viviera en un mundo al revés —le explicó—. Donde ser honesto te convierte en sospechoso, donde decir la verdad te hace ver amateur, donde ofrecer precios justos significa que algo debe estar mal con tus productos.

Su esposa lo escuchó con esa atención que caracteriza a las personas que entienden que su pareja está procesando algo importante.

—¿Y qué vas a hacer con esa información? —le preguntó.

Era la pregunta perfecta. Homero se dio cuenta de que tenía una decisión que tomar: adaptarse al sistema que recompensaba la deshonestidad elegante, o mantener sus propios principios a pesar de las consecuencias.

—Voy a ser como don Joaquín —decidió—. Voy a seguir siendo honesto, aunque eso me haga parecer sospechoso. Porque prefiero ser auténticamente bueno que elegantemente corrupto.

Era, se dio cuenta, una decisión que tendría consecuencias. En tierra de ciegos, el honesto no solo era sospechoso: era peligroso. Porque su sola presencia exponía la ceguera de todos los demás.

Pero había aprendido algo valioso del hombre del punto blanco: que la integridad no dependía de ser recompensado por ella. Que hacer lo correcto valía la pena aunque nadie más lo valorara. Que al final del día, la persona más importante que tenía que aprobar sus acciones era él mismo.

Los puntos blancos, descubrió, brillaban más intensamente en la oscuridad. Y aunque fueran pocos y estuvieran dispersos, su luz era suficiente para iluminar el camino para aquellos dispuestos a seguirlo.

CAPÍTULO SEIS

La reunión de los multicolores

El martes amaneció con esa luminosidad traicionera que tienen los días cuando el universo ha decidido expandir tu educación emocional mediante situaciones que no aparecen en ningún manual de recursos humanos conocido por la ciencia burocrática. Homero se despertó con la extraña sensación de que las lecciones cromáticas de las semanas anteriores habían sido solo el curso básico, y que ahora estaba a punto de enfrentarse al examen final de una materia que nunca supo que estaba estudiando.

Mientras se duchaba con agua que el calentador producía cuando recordaba su propósito existencial, reflexionó sobre todo lo que había aprendido hasta el momento. Los grises y su danza hacia el poder, los amarillos y su autodestrucción envidiosa, los rojos y sus múltiples manifestaciones desde la pasión auténtica hasta la lujuria institucionalizada, y los blancos con su honestidad tan radical que parecía sospechosa en un mundo diseñado para premiar la simulación elegante.

Pero tenía la sensación de que su educación cromática estaba incompleta, como si hubiera aprendido las notas individuales sin entender cómo sonaba la sinfonía completa.

En el metro, el espectáculo de colores se desplegó ante él con esa familiaridad que ya formaba parte de su percepción cotidiana. Pero esta mañana notó algo que no había observado antes: la mayoría de los puntos no eran colores puros. Un comerciante tenía un punto que oscilaba entre verde esperanza y gris cansancio, como semáforo emocional funcionando a media velocidad. Una estudiante llevaba un punto que mezclaba azul de idealismo juvenil con toques naranjas de ansiedad práctica, como atardecer académico en plena crisis existencial.

Era como si hubiera estado viendo el mundo en blanco y negro, y de repente hubiera descubierto que la realidad funcionaba en Technicolor emocional.

Al llegar a la oficina, inmediatamente notó que la atmósfera había cambiado nuevamente. Había una efervescencia administrativa en el ambiente, esa energía específica que caracteriza a las instituciones cuando están a punto de recibir visitas importantes que requieren actuación colectiva.

—Buenos días, Homero —lo saludó doña Carmen con esa sonrisa que había perfeccionado para las ocasiones que requerían su mejor desempeño teatral—. Hoy tenemos la reunión trimestral de coordinación interinstitucional.

Su punto gris plateado brillaba con esa expectación que tienen las personas cuando saben que van a presenciar un espectáculo sociológico digno de estudio antropológico.

—¿Reunión interinstitucional? —preguntó Homero con genuina curiosidad.

—Sí, mijo —explicó doña Carmen con esa paciencia que había desarrollado para educar a las generaciones nuevas sobre los rituales burocráticos tradicionales—. Cada trimestre vienen representantes de todas las dependencias relacionadas con nuestro sector para "coordinar esfuerzos" y "optimizar sinergias administrativas".

Las comillas en el aire fueron tan evidentes que prácticamente se podían tocar. Era claro que estas reuniones formaban parte del folclore institucional, como celebraciones navideñas o simulacros de evacuación que todos sabían que no funcionarían en una emergencia real.

—¿Y nosotros participamos directamente? —preguntó Homero.

—En teoría, no —respondió doña Carmen—. En la práctica, tenemos que estar disponibles por si necesitan "apoyo técnico especializado", que generalmente significa traer café y organizar documentos.

La frase "apoyo técnico especializado" resonó en la mente de Homero como eufemismo perfecto para trabajo de mesero con título universitario.

Durante la mañana, la oficina se transformó gradualmente en escenario de convergencia burocrática. La sala de juntas fue reacondicionada con esa meticulosidad que caracteriza a las preparaciones para visitas importantes: agua embotellada estratégicamente distribuida, folders con documentos que nadie leería, y proyector conectado para presentaciones que todos fingirían entender.

A las diez en punto comenzaron a llegar los representantes de las diferentes dependencias, y fue entonces cuando Homero se enfrentó al espectáculo cromático más desconcertante de su experiencia.

El primero en entrar fue el licenciado Rodríguez, de la Secretaría de Desarrollo Económico. Era un hombre de cuarenta y tantos años que irradiaba esa competencia profesional que se desarrolla después de décadas navegando las aguas burocráticas sin ahogarse. Su punto era de un color que Homero no había visto antes: un naranja intenso que pulsaba con regularidad hipnótica, como corazón que hubiera encontrado el equilibrio perfecto entre la ambición y la prudencia.

No era el naranja chillón de la desesperación o el naranja pálido de la mediocridad. Era un naranja rico, complejo, que parecía combinar la energía del rojo con la sabiduría del amarillo, creando algo completamente nuevo y sorprendentemente atractivo.

—Buenos días, colegas —saludó con esa cordialidad que caracteriza a los funcionarios que han aprendido que la diplomacia es más eficiente que la confrontación—. Espero que podamos tener una sesión productiva.

Su punto naranja se mantuvo estable mientras distribuía saludos y apretones de manos con esa eficiencia que caracteriza a las personas que han perfeccionado el arte de las relaciones públicas sin perder la autenticidad en el proceso.

La segunda en llegar fue la maestra Patricia Sandoval, de la Secretaría de Educación Pública. Era una mujer de mediana edad que tenía esa autoridad natural que desarrollan los educadores después de décadas moldeando mentes jóvenes y lidiando con padres de familia ansiosos.

Su punto era de un púrpura profundo que brillaba con una intensidad que nunca había visto. No era el púrpura real de la arrogancia o el púrpura pálido de la pretensión intelectual. Era un púrpura rico, sabio, que parecía combinar la pasión del rojo con la serenidad del azul, creando algo que irradiaba tanto poder como compasión.

—Estimados compañeros —dijo con esa voz que había perfeccionado para llegar hasta la última fila del aula más grande—, agradezco la oportunidad de coordinar esfuerzos en beneficio de nuestras comunidades.

Su punto púrpura pulsaba con una regularidad que transmitía tanto autoridad como calidez, como si hubiera encontrado la fórmula perfecta para ejercer poder sin intimidar.

El tercero fue el ingeniero Miguel Herrera, de la Secretaría de Obras Públicas. Era un hombre corpulento que tenía esa solidez física que desarrollan las personas que han pasado más tiempo en obras de construcción que en oficinas con aire acondicionado.

Su punto era de un color que Homero tardó en identificar: un gris perla que brillaba con destellos plateados, como metal precioso que hubiera aprendido a reflejar la luz de manera elegante. No era el gris opaco de la neutralidad calculada o el gris sucio del conformismo. Era un gris sofisticado que parecía contener todos los colores del espectro, pero los manifestaba de manera sutil y elegante.

—Buenos días, compañeros —saludó con esa voz que había desarrollado para hacerse escuchar sobre el ruido de la maquinaria pesada—. Espero que podamos construir algunos acuerdos sólidos hoy.

La metáfora de construcción salió tan naturalmente que era evidente que su forma de pensar estaba moldeada por décadas de crear cosas tangibles y duraderas.

Pero fue la cuarta invitada quien realmente desafió todo lo que Homero creía entender sobre los colores emocionales.

La doctora Elena Vásquez, de la Secretaría de Salud, era una mujer de cincuenta y tantos años que irradiaba esa competencia serena que desarrollan los médicos después de décadas salvando vidas y consolando familias en crisis.

Su punto era... imposible de describir con precisión. Cambiaba constantemente entre colores que se mezclaban y separaban como acuarela en agua corriente. Había destellos de blanco médico, toques de azul compasivo, rayos de verde esperanzador, y momentos de gris plateado que parecía reflexión profunda.

Era como observar un caleidoscopio emocional en constante movimiento, donde cada color era puro y auténtico, pero se combinaba con los otros para crear algo más complejo que la suma de sus partes.

—Estimados colegas —dijo con esa voz que había perfeccionado para transmitir tanto autoridad médica como calidez humana—, agradezco la oportunidad de trabajar juntos en beneficio de la salud de nuestras comunidades.

Su punto multicolor pulsaba con una armonía que era fascinante y desconcertante al mismo tiempo. Era como si hubiera múltiples personas habitando el mismo cuerpo, todas auténticas, todas integradas en una personalidad coherente pero compleja.

El quinto participante fue el contador público Alberto Mendoza (sin relación familiar con el acosador recientemente suspendido), de la Secretaría de Hacienda. Era un hombre de estatura mediana que tenía esa precisión en los movimientos que caracteriza a las personas que trabajan con números exactos y presupuestos que deben cuadrar al centavo.

Su punto era de un color que Homero no había visto antes: un verde esmeralda que brillaba con destellos dorados, como piedra preciosa que hubiera aprendido a generar su propia luz. No era el verde pálido de la esperanza ingenua o el verde oscuro de la envidia disfrazada. Era un verde rico, profundo, que parecía combinar crecimiento con sabiduría práctica.

—Buenos días, compañeros —saludó con esa precisión verbal que caracteriza a las personas que han aprendido que las palabras, como los números, deben ser exactas para ser útiles—. Espero que podamos equilibrar nuestros objetivos con nuestros recursos disponibles.

Su punto verde esmeralda se mantuvo perfectamente estable, como contador emocional que siempre sabía exactamente dónde estaba parado financieramente hablando.

La sexta y última invitada fue la licenciada Carmen Torres (sin relación con doña Carmen de la recepción), de la Secretaría de Desarrollo Social. Era una mujer joven que irradiaba esa energía idealista que caracteriza a las personas que han entrado al servicio público con la intención genuina de cambiar el mundo.

Su punto era de un azul turquesa que brillaba con intensidad casi hipnótica, como océano tropical que hubiera decidido concentrar toda su belleza en un solo punto. Pero lo más fascinante era que ocasionalmente aparecían destellos rosados que se mezclaban con el azul para crear momentos de púrpura suave, como si su idealismo estuviera temperado por una comprensión creciente de la realidad práctica.

—Estimados compañeros —dijo con esa efusividad que caracteriza a las personas que realmente creen que las reuniones pueden cambiar el mundo—, agradezco profundamente la oportunidad de colaborar en la construcción de una sociedad más justa.

Su punto azul turquesa pulsaba con esa regularidad que caracteriza a los corazones que han encontrado una causa que vale la pena, temperada por destellos de realismo que sugerían una personalidad más compleja de lo que su juventud podría sugerir.

Una vez que todos estuvieron sentados alrededor de la mesa de juntas, Homero se dio cuenta de que estaba presenciando algo extraordinario: una reunión donde cada participante tenía un punto de color diferente, y ninguno de esos colores era simple o puro.

Era como si hubiera pasado semanas aprendiendo el alfabeto emocional, y ahora se enfrentara a una novela escrita en un idioma que combinaba todas las letras de maneras que no había anticipado.

La reunión comenzó con la formalidad ritual que caracteriza a estos eventos: presentación de agenda, lectura de acuerdos anteriores, y revisión de objetivos que todos sabían que no se cumplirían completamente pero que sonaban impresionantes en papel oficial.

Pero conforme avanzó la discusión, Homero comenzó a observar algo fascinante: la manera en que los colores de los puntos interactuaban entre sí.

Cuando el licenciado Rodríguez (naranja ambicioso) presentaba una propuesta económica, su punto se intensificaba, pero inmediatamente se veía influenciado por la presencia del contador Mendoza (verde esmeralda). El naranja se volvía más dorado, más sabio, como si la proximidad de la prudencia financiera hubiera moderado la ambición con realismo práctico.

Cuando la maestra Sandoval (púrpura autorizado) explicaba las necesidades educativas, su punto se expandía con esa confianza que viene de décadas de experiencia. Pero cuando interactuaba con la licenciada Torres (azul turquesa idealista), el púrpura se suavizaba con toques azulados, como si la sabiduría madura se hubiera contagiado del idealismo juvenil.

El ingeniero Herrera (gris perla reflexivo) funcionaba como una especie de traductor emocional. Cuando las propuestas se volvían demasiado abstractas, su presencia las aterrizaba en realidad práctica. Su gris perla parecía absorber los colores de los otros participantes, procesarlos, y devolverlos en forma de observaciones concretas y factibles.

Pero fue la doctora Vásquez quien realmente desafió la comprensión de Homero sobre los colores emocionales.

Su punto multicolor no solo cambiaba constantemente, sino que parecía responder a las emociones de los otros participantes como si fuera un espejo emocional en tiempo real. Cuando el licenciado Rodríguez hablaba con ambición naranja, aparecían destellos naranjas en su punto. Cuando la maestra Sandoval se ponía autoritaria púrpura, su punto reflejaba púrpura. Cuando el contador Mendoza se concentraba en verde esmeralda, ella respondía con verde.

Era como si fuera emocionalmente bilingüe en todos los idiomas del corazón humano.

—Doctora Vásquez —dijo finalmente Homero, incapaz de contener su curiosidad—, ¿cómo logra usted integrar tantas perspectivas diferentes en sus propuestas?

La pregunta salió antes de que pudiera pensar si era apropiada en el contexto de la reunión formal.

La doctora lo miró con esa expresión que tienen los médicos cuando reconocen síntomas interesantes en un paciente.

—Interesante pregunta, joven —respondió con esa precisión que caracteriza a las personas que han aprendido que las preguntas honestas merecen respuestas honestas—. Supongo que después de veinticinco años tratando pacientes, uno aprende que cada persona es una combinación única de necesidades, miedos, esperanzas y circunstancias.

Su punto multicolor se intensificó, creando un espectáculo de colores que parecía ilustrar perfectamente su explicación.

—En medicina —continuó—, no puedes tratar síntomas aislados. Tienes que ver a la persona completa: su historia médica, su situación familiar, sus recursos económicos, sus miedos psicológicos. Es lo mismo en el servicio

público: no puedes crear políticas efectivas si solo ves una dimensión del problema.

Era una explicación tan lógica y tan profunda que inmediatamente iluminó algo que Homero había estado sintiendo sin poder articular.

—¿Quiere decir que las mejores decisiones requieren múltiples perspectivas? —preguntó.

—Exactamente —confirmó la doctora—. El licenciado Rodríguez aporta visión económica, la maestra Sandoval contribuye experiencia educativa, el ingeniero Herrera ofrece realismo práctico, el contador Mendoza proporciona prudencia financiera, y la licenciada Torres trae idealismo renovador. Ninguna perspectiva es completa por sí sola, pero juntas pueden crear soluciones realmente efectivas.

Su punto multicolor pulsaba con cada color mencionado, como si estuviera demostrando físicamente su punto.

Fue entonces cuando Homero tuvo una epifanía que cambió su comprensión completa de los colores emocionales que había estado observando.

Los colores puros que había visto en las semanas anteriores no eran necesariamente mejores o peores que los colores mixtos. Simplemente representaban diferentes etapas de desarrollo emocional o diferentes contextos vitales.

Gómez había sido amarillo puro porque estaba consumido por una sola emoción dominante. Mendoza había sido rojo puro porque estaba obsesionado con un solo impulso. Don Joaquín había sido blanco puro porque había encontrado la claridad moral de una vida vivida consistentemente según principios claros.

Pero estos funcionarios experimentados tenían puntos multicolores porque habían aprendido a integrar múltiples aspectos de la experiencia humana en personalidades complejas pero coherentes.

—¿Puedo hacer otra pregunta? —dijo Homero, completamente fascinado por esta nueva comprensión.

—Por supuesto —respondió la doctora, claramente disfrutando de un intercambio genuinamente intelectual en medio de una reunión que había estado siguiendo el script ritual habitual.

—¿Cómo saben cuándo una decisión es correcta cuando tienen que considerar tantas perspectivas diferentes?

La pregunta generó una pausa de gran atención alrededor de la mesa. Era evidente que había tocado algo que todos habían experimentado pero pocos habían articulado.

—Excelente pregunta —respondió el licenciado Rodríguez, su punto naranja pulsando con intensidad reflexiva—. En mi experiencia, las mejores decisiones son las que logran equilibrar múltiples objetivos legítimos sin sacrificar completamente ninguno de ellos.

—Exacto —confirmó la maestra Sandoval—. En educación, siempre tienes que equilibrar ideales pedagógicos con recursos limitados, necesidades individuales con dinámicas grupales, innovación con tradición. La habilidad está en encontrar soluciones que honren múltiples valores sin traicionarlos completamente.

El ingeniero Herrera asintió vigorosamente.

—En construcción, aprendes rápidamente que no hay solución perfecta —agregó—. Siempre tienes que equilibrar costo, durabilidad, estética, funcionalidad, y tiempo de construcción. La maestría está en crear el mejor equilibrio posible dentro de las limitaciones reales.

El contador Mendoza y la licenciada Torres contribuyeron perspectivas similares, cada uno desde su área de expertise, todos convergiendo hacia la misma conclusión: que la sabiduría madura requería la habilidad de manejar ambigüedad y complejidad sin paralizarse en búsqueda de pureza imposible.

—Lo que todos están describiendo —reflexionó Homero en voz alta— es que la madurez emocional no significa tener respuestas simples, sino tener la capacidad de vivir cómodamente con complejidad.

—Precisamente —confirmó la doctora Vásquez—. Los jóvenes a menudo buscan absolutos morales: bueno o malo, correcto o incorrecto, blanco o negro. Pero la vida real funciona en escala de grises... y en todos los colores del espectro emocional.

Su punto multicolor creó un espectáculo particularmente hermoso mientras decía esto, como si estuviera literalmente ilustrando su filosofía.

Fue en ese momento cuando Homero entendió completamente lo que había estado observando durante semanas.

Los colores puros no eran mejores o peores que los colores mixtos. Simplemente representaban diferentes aproximaciones a la vida. Algunas personas encontraban claridad en la simplicidad, como don Joaquín con su honestidad blanca. Otras encontraban sabiduría en la complejidad, como estos funcionarios experimentados con sus puntos multicolores.

Ambas aproximaciones podían ser auténticas. Ambas podían ser valiosas. La clave estaba en desarrollar la capacidad de reconocer y apreciar la diferencia.

La reunión continuó durante dos horas más, pero Homero ya había obtenido la educación más valiosa del día. Había aprendido que la condición humana era demasiado rica y compleja para caber en categorías absolutas.

Al final de la sesión, mientras los participantes se despedían con esa cortesía profesional que caracteriza a las reuniones exitosas, la doctora Vásquez se acercó a Homero.

—Joven —le dijo—, sus preguntas fueron muy perceptivas. Se nota que realmente piensa sobre lo que observa.

Su punto multicolor brilló con tonos dorados de aprobación.

—Gracias, doctora —respondió Homero—. He estado... digamos... estudiando la naturaleza humana últimamente, y sus observaciones me han ayudado

mucho a entender cosas que había estado viendo pero no comprendiendo completamente.

—La mejor educación siempre viene de hacer las preguntas correctas —respondió ella—. Y usted definitivamente está haciendo las preguntas correctas.

Se despidió con un apretón de manos que transmitía tanto profesionalismo como calidez genuina.

Esa tarde, mientras organizaba documentos y reflexionaba sobre lo que había presenciado, Homero se dio cuenta de que su educación cromática había alcanzado un nuevo nivel de sofisticación.

Ya no buscaba colores puros como indicadores de bondad o maldad. Ahora entendía que la riqueza de la experiencia humana se manifestaba en la complejidad emocional, en la capacidad de integrar múltiples perspectivas, en la habilidad de vivir cómodamente con ambigüedad sin perder la brújula moral.

Los multicolores no eran confusos o inconsistentes. Eran completos.

Y esa completitud, se dio cuenta, era algo hacia lo que él también podía aspirar. No tenía que elegir entre ser honesto como don Joaquín o astuto como los políticos experimentados. Podía desarrollar la capacidad de ser auténtico y estratégico, idealista y práctico, firme en principios y flexible en métodos.

La mezcla también era parte del alma. Y quizás, reflexionó, la parte más hermosa.

CAPÍTULO SIETE

Lucía, la del punto tornasolado

El miércoles amaneció con esa luminosidad tramposa que tienen los días cuando el universo ha decidido expandir tu currículum emocional mediante la introducción de variables que no aparecen en ningún manual de relaciones humanas conocido por la ciencia del corazón. Homero se despertó con la extraña sensación de que las lecciones cromáticas de las semanas anteriores habían sido solo preparación para un examen que no sabía que tendría que presentar, como si hubiera estado estudiando matemáticas y de repente le informaran que la prueba sería de poesía experimental.

Mientras se duchaba con agua que el calentador producía cuando recordaba su misión en la vida, reflexionó sobre todo lo que había aprendido acerca del espectro emocional humano. Había descifrado los grises ambiciosos, los amarillos envidiosos, los rojos apasionados, los blancos honestos, y los multicolores complejos de los funcionarios experimentados. Tenía la sensación de haber completado un curso completo de "Interpretación Cromática de la Condición Humana", pero sospechaba que estaba a punto de enfrentarse a material de posgrado.

En el metro, el espectáculo habitual se desplegó ante él con esa familiaridad que ya formaba parte de su percepción cotidiana. Observó a una pareja de

novios cuyos puntos rosados sincronizaban como corazones enamorados, a un estudiante cuyo punto azul pulsaba con la ansiedad del examen pendiente, y a una señora mayor cuyo punto violeta irradiaba esa serenidad que viene de haber sobrevivido a todo lo que la vida puede aventar.

Pero su atención se vio distraída por algo inusual en su propio reflejo en la ventana del metro. Por primera vez desde que había desarrollado su habilidad cromática, se preguntó qué color tendría su propio punto. Era como tratar de verse las propias orejas o mirarse los ojos sin espejo: técnicamente imposible pero fascinante de contemplar.

Al llegar a la oficina, inmediatamente notó que la atmósfera había cambiado nuevamente. Había una energía diferente en el ambiente, esa electricidad específica que caracteriza a las instituciones cuando están a punto de recibir sangre nueva en el ecosistema burocrático.

—Buenos días, Homero —lo saludó doña Carmen con esa sonrisa que había perfeccionado para anunciar novedades importantes—. Hoy llega la nueva asesora externa para el proyecto de modernización administrativa.

Su punto gris plateado brillaba con esa expectación que tienen las personas cuando saben que van a presenciar la introducción de un elemento nuevo en un ecosistema que había encontrado su equilibrio natural.

—¿Asesora externa? —preguntó Homero con genuina curiosidad.

—Sí, mijo —explicó doña Carmen con esa sabiduría que había desarrollado después de décadas observando cómo las instituciones reaccionan a los cambios—. Una consultora independiente especializada en "optimización de procesos y modernización de sistemas". Viene recomendada por la Secretaría General.

Las comillas en el aire fueron tan evidentes que prácticamente tenían su propio sistema de puntuación. Era claro que la llegada de consultores externos formaba parte del folclore institucional, como invasiones benévolas que prometían revolucionar todo y generalmente terminaban recomendando cambios que todos sabían que no se implementarían completamente.

—¿Y nosotros trabajaremos directamente con ella? —preguntó Homero.

—Por supuesto —respondió doña Carmen—. Va a necesitar "apoyo técnico local" para entender "las particularidades operativas de nuestra dependencia".

Nuevamente, las comillas flotaron en el aire con esa densidad que caracteriza a los eufemismos burocráticos bien establecidos.

Durante la mañana, la oficina se preparó para la llegada de la consultora con esa meticulosidad nerviosa que caracteriza a las instituciones cuando van a ser evaluadas por ojos externos. Los escritorios fueron organizados con eficiencia teatral, los documentos pendientes fueron escondidos estratégicamente, y todo el personal adoptó esa expresión de competencia profesional que se usa como uniforme cuando llegan los auditores.

A las diez y media llegó la asesora externa, y fue entonces cuando Homero se enfrentó al fenómeno cromático más desconcertante de toda su experiencia.

Lucía Martínez era una mujer de aproximadamente treinta años que irradiaba esa energía particular que tienen las personas que han elegido vivir fuera de las estructuras tradicionales sin volverse rebeldes adolescentes. Tenía el cabello castaño recogido en una coleta práctica pero elegante, vestía un traje que gritaba "profesional pero no conformista", y llevaba una tablet y una sonrisa que sugerían tanto competencia como diversión genuina por lo que hacía.

Pero lo que realmente llamó la atención de Homero fue su punto de color: era literalmente imposible de describir con precisión.

No era multicolor como el de la doctora Vásquez, que cambiaba entre colores reconocibles. El punto de Lucía era tornasolado, como si hubiera sido diseñado por un artista que había decidido que los colores existentes no eran suficientemente interesantes para expresar la personalidad que tenía que representar.

Cambiaba constantemente entre tonalidades que no tenían nombre: azul-verdosos que destellaban con toques dorados, púrpuras que se transformaban en naranjas iridiscentes, verdes que se volvían plateados antes de explotar en ráfagas de amarillo cristalino. Era como observar una aurora boreal concentrada en un punto del tamaño de una moneda.

—Buenos días a todos —dijo con una voz que combinaba profesionalismo con calidez genuina—. Soy Lucía Martínez, y estoy aquí para trabajar con ustedes en hacer que sus procesos sean más eficientes y menos dolorosos para todos los involucrados.

Su punto tornasolado se intensificó con cada palabra, creando un espectáculo de colores que era fascinante y desconcertante al mismo tiempo.

El licenciado que había reemplazado a Mendoza la recibió con esa cortesía formal que había perfeccionado para tratar con consultores externos.

—Licenciada Martínez —dijo—, bienvenida a nuestra institución. Esperamos que su experiencia con nosotros sea productiva y enriquecedora.

Su punto negro se mantuvo perfectamente estable, como siempre, pero Homero notó algo curioso: cuando Lucía le respondió con una sonrisa genuinamente cálida, el punto negro del licenciado tuvo un destello casi imperceptible de color, como si la autenticidad fuera contagiosa incluso para las personalidades más controladas.

—Muchísimas gracias —respondió Lucía—. Estoy muy emocionada de trabajar con un equipo que claramente tiene tanta experiencia y dedicación.

Su punto tornasolado creó una explosión particularmente hermosa de colores cálidos, como si la gratitud fuera literalmente luminosa.

Durante las presentaciones iniciales, Homero observó fascinado cómo el punto de Lucía reaccionaba a cada interacción. Cuando doña Carmen le explicaba los procedimientos administrativos básicos, aparecían tonalidades azules de atención concentrada mezcladas con verdes de aprecio por la experiencia. Cuando Lupita le mostraba el sistema de archivo, surgían

destellos naranjas de diversión genuina, como si encontrara entretenido incluso los aspectos más mundanos del trabajo burocrático.

Pero lo más fascinante era que su punto no solo cambiaba de color, sino que parecía influir en los puntos de las personas con las que interactuaba. Doña Carmen, normalmente gris plateado estable, comenzó a mostrar destellos dorados de entusiasmo. Lupita, habitualmente verde pálido ansioso, desarrolló tonalidades más brillantes y confiadas.

Era como si Lucía fuera un catalizador emocional que hacía que las personas se volvieran versiones más vibrantes de sí mismas.

—Homero —le dijo el licenciado después de las presentaciones—, quiero que usted sea el enlace principal con la licenciada Martínez. Apóyela en todo lo que necesite para entender nuestros procesos.

Su punto negro se mantuvo imperturbable, pero había algo en su tono que sugería que había reconocido en Homero la capacidad de trabajar con personalidades... digamos... no convencionales.

—Será un placer —respondió Homero, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo que no había experimentado desde sus primeros días de trabajo.

Lucía se acercó a él con esa sonrisa que había estado desplegando desde su llegada, pero que de cerca resultó ser aún más genuina y cálida de lo que había parecido a distancia.

—Homero, ¿verdad? —dijo, extendiendo la mano—. Muchas gracias por ser mi guía en este laberinto burocrático. Prometo ser una estudiante aplicada y no demasiado molesta.

Su punto tornasolado creó un espectáculo particularmente hermoso de colores cálidos y brillantes, como celebración de fuegos artificiales en miniatura.

El apretón de manos duró quizás un segundo más de lo estrictamente profesional, y Homero sintió algo que no había experimentado desde la universidad: la electricidad específica del contacto con alguien que promete ser importante en su vida, aunque aún no sepa exactamente cómo.

—Será un placer trabajar con usted, licenciada —respondió, sorprendido por lo natural que sonó su voz a pesar del caos cromático que estaba presenciando.

—Por favor, llámame Lucía —dijo con esa familiaridad que caracteriza a las personas que han decidido que la vida es demasiado corta para formalidades innecesarias—. Los títulos me hacen sentir como si fuera mi mamá en el trabajo.

Su comentario provocó risas genuinas alrededor de la oficina, y Homero notó cómo su presencia había cambiado la atmósfera del lugar en menos de una hora. Era como si hubiera ajustado el termostato emocional de toda la dependencia.

Durante los siguientes días, trabajar con Lucía se convirtió en una educación completamente diferente a todo lo que Homero había experimentado. No solo porque ella tenía una aproximación refrescantemente directa a los problemas

burocráticos, sino porque su punto tornasolado desafiaba constantemente sus teorías sobre la naturaleza humana.

El primer día, mientras le explicaba el sistema de requisiciones de material de oficina, notó que su punto se volvía predominantemente naranja brillante cuando se concentraba en entender procesos complejos, como si la curiosidad intelectual fuera literalmente luminosa.

—Déjame ver si entiendo —dijo, tomando notas en una tablet con velocidad impresionante—. Para pedir una caja de clips, necesitas llenar tres formularios diferentes, obtener dos firmas de autorización, esperar a que el almacén verifique existencias, y luego esperar entre cinco y quince días laborales para recibir algo que cuesta menos que un café.

Su punto tornasolado explotó en una combinación de colores que parecía mezclar diversión con incredulidad profesional.

—Exactamente —confirmó Homero—. Y si necesitas la caja de clips urgentemente, puedes usar el procedimiento de "requisición extraordinaria", que requiere justificación escrita y solo toma entre tres y siete días laborales adicionales.

Lucía lo miró con esa expresión que tienen las personas cuando no pueden decidir si reír o llorar ante la absurdidad de la situación.

—¿Y nadie ha considerado que quizás este sistema podría... digamos... optimizarse un poquito? —preguntó con esa diplomacia que caracteriza a los consultores cuando se enfrentan a procesos que desafían la lógica básica.

Su punto tornasolado se volvió predominantemente dorado con destellos verdes, como si estuviera procesando soluciones potenciales en tiempo real.

—En teoría, sí —respondió Homero—. En la práctica, cualquier cambio requiere autorización de cuatro departamentos diferentes, revisión legal, y aprobación del comité de modernización administrativa, que se reúne cada dos meses si hay quórum.

—Ah —dijo Lucía, asintiendo con esa comprensión que desarrollan los consultores cuando se dan cuenta del tamaño real del desafío que enfrentan—. O sea que para cambiar el sistema que hace que pedir clips tome dos semanas, necesitas un proceso que toma aproximadamente seis meses.

Su punto tornasolado creó una explosión de colores que Homero interpretó como una mezcla de diversión profesional con determinación estratégica.

El segundo día, mientras le mostraba el archivo histórico de la dependencia, notó que su punto se volvía predominantemente púrpura suave cuando interactuaba con doña Carmen, que le estaba explicando treinta años de cambios administrativos con esa paciencia que había desarrollado para educar generaciones de funcionarios nuevos.

—Doña Carmen —dijo Lucía con genuina admiración—, usted es una enciclopedia viviente de memoria institucional. Sin personas como usted, estas oficinas no podrían funcionar.

El punto púrpura de su admiración se mezcló con destellos dorados de respeto, creando una combinación que hizo que doña Carmen literalmente se sonrojara de placer.

—Ay, licenciada, qué cosas dice —respondió doña Carmen, pero su punto gris plateado desarrolló destellos rosados de orgullo que Homero nunca había visto—. Solo he hecho mi trabajo todos estos años.

—Y lo ha hecho extraordinariamente bien —insistió Lucía—. La continuidad institucional depende de personas como usted que guardan la memoria y transmiten el conocimiento.

Era evidente que Lucía tenía la habilidad rara de hacer que las personas se sintieran valoradas y vistas, no solo como piezas del engranaje burocrático sino como individuos con contribuciones importantes.

El tercer día, mientras almorzaban en la cafetería de la dependencia, Homero decidió hacer la pregunta que había estado formulando desde su primer encuentro.

—Lucía —dijo, tratando de sonar casual—, ¿puedo hacerte una pregunta personal?

Ella lo miró por encima de su sándwich de jamón con esa expresión abierta que había mantenido desde su llegada.

—Por supuesto. Pregunta lo que quieras.

Su punto tornasolado se volvió predominantemente azul claro con destellos plateados, como cielo despejado con nubes ocasionales.

—¿Cómo logras ser tan... digamos... auténtica en todos los contextos? Como que nunca cambias tu personalidad para adaptarte a las situaciones.

Era una pregunta que había estado formulando mientras observaba cómo ella mantenía la misma energía genuina con el licenciado serio, con doña Carmen maternal, con Lupita tímida, y con él mismo.

Lucía masticó pensativamente su sándwich antes de responder, y su punto tornasolado creó un espectáculo particularmente hermoso de colores reflexivos.

—Buena pregunta —dijo finalmente—. Supongo que en algún momento de mi vida decidí que fingir ser diferente de lo que soy requiere más energía de la que tengo disponible.

Su punto se intensificó con tonalidades doradas que parecían honestidad cristalizada.

—Además —continuó—, he descubierto que las personas generalmente responden mejor a la autenticidad que a la actuación. Incluso cuando esa autenticidad no es exactamente lo que esperaban.

—¿Y nunca te ha causado problemas profesionales? —preguntó Homero, pensando en todas las situaciones donde había visto que la diplomacia artificial era más valorada que la honestidad directa.

—Por supuesto que sí —respondió con esa naturalidad que caracteriza a las personas que han hecho las paces con las consecuencias de sus decisiones—.

He perdido algunos contratos por ser demasiado directa, y algunos clientes prefieren consultores que les digan lo que quieren escuchar en lugar de lo que necesitan saber.

Su punto tornasolado desarrolló tonalidades más oscuras, pero no tristes: más bien como colores profundos y ricos que sugerían sabiduría ganada través de experiencia.

—Pero también he ganado clientes que específicamente me buscan porque saben que voy a darles mi opinión honesta. Y prefiero trabajar con personas que valoran la transparencia, aunque sean menos.

Era una filosofía profesional que resonó profundamente con lo que Homero había aprendido de don Joaquín y su honestidad radical.

—Es como don Joaquín —murmuró sin pensar.

—¿Don Joaquín? —preguntó Lucía con curiosidad genuina.

Homero le contó la historia del concurso de proveedores y el hombre del punto blanco que había perdido un contrato por ser demasiado honesto.

Lucía escuchó con esa atención completa que caracteriza a las personas que realmente procesan lo que oyen, y su punto tornasolado creó una sinfonía de colores que parecían reflejar cada emoción de la historia.

—Me encantaría conocer a don Joaquín —dijo cuando Homero terminó—. Suena como alguien que ha encontrado la paz de vivir según sus principios.

Su punto se volvió predominantemente blanco brillante con destellos de todos los colores, como prisma que hubiera aprendido a contener luz pura.

Fue en ese momento cuando Homero se dio cuenta de que se estaba enamorando.

No fue una realización dramática acompañada de música de violines o fuegos artificiales emocionales. Fue más bien como darse cuenta de que había estado caminando hacia algún lugar sin darse cuenta de su destino, y de repente reconocer que había llegado exactamente donde necesitaba estar.

Lucía no solo era hermosa, inteligente y divertida (aunque definitivamente era las tres cosas). Era auténtica de una manera que hacía que otras personas quisieran ser más auténticas también. Era como un espejo emocional que reflejaba las mejores versiones de quienes la rodeaban.

Durante las siguientes semanas, trabajar con ella se convirtió en la parte más esperada de cada día. Sus conversaciones mezclaban trabajo con filosofía personal, análisis de procesos burocráticos con reflexiones sobre la naturaleza humana, y humor profesional con momentos de conexión genuina que Homero no había experimentado desde hacía años.

Pero también se convirtió en una fuente de ansiedad constante.

¿Cómo podía confiar completamente en alguien cuyo punto emocional cambiaba constantemente? ¿Cómo podía saber cuáles de sus colores eran auténticos y cuáles eran adaptación profesional? ¿Cómo podía estar seguro de que la conexión que sentía era correspondida y no solo producto de la

habilidad natural de Lucía para hacer que las personas se sintieran especiales?

La situación se complicó cuando, durante la cuarta semana de trabajo conjunto, Lucía le hizo una invitación que cambió completamente la dinámica de su relación.

—Homero —le dijo un viernes por la tarde mientras organizaban documentos —, este fin de semana voy a un mercado de arte local. ¿Te gustaría acompañarme? No como trabajo, solo como... digamos... exploración cultural compartida.

Su punto tornasolado se volvió predominantemente rosado con destellos dorados, pero había algo más: tonalidades que Homero no había visto antes, como si hubiera colores reservados para invitaciones personales que no aparecían durante las interacciones profesionales.

Homero sintió una mezcla de emoción y pánico que casi lo paraliza. Por un lado, la idea de pasar tiempo con Lucía fuera del contexto laboral era exactamente lo que había estado deseando sin atreverse a admitirlo. Por otro lado, la perspectiva de descubrir que su personalidad auténtica era diferente de la que mostraba en el trabajo lo aterrorizaba.

—Me encantaría —respondió, sorprendiéndose por lo decisiva que sonó su voz a pesar de la turbulencia emocional interna.

—Perfecto —dijo Lucía con una sonrisa que fue diferente de todas las que había visto antes: más íntima, más personal, más real—. Te paso mi número y coordinamos los detalles.

Su punto tornasolado creó un espectáculo de colores cálidos que parecían celebración privada, como si hubiera estado esperando esa invitación tanto como él había estado esperando aceptarla.

Esa noche, mientras cenaba con su esposa, Homero reflexionó sobre la situación en la que se encontraba.

Por un lado, tenía evidencia clara de que Lucía era una persona genuina y auténtica. Su trabajo era excelente, sus recomendaciones eran inteligentes y prácticas, y su forma de tratar a todas las personas era consistentemente respetuosa y cálida.

Por otro lado, su punto tornasolado representaba un nivel de complejidad emocional que desafiaba todo lo que había aprendido sobre leer a las personas. ¿Cómo podía confiar en alguien que no encajaba en ninguna categoría cromática que hubiera desarrollado?

¿Era su variabilidad emocional evidencia de profundidad y riqueza personal, o señal de inconsistencia y falta de centro moral?

La pregunta lo mantuvo despierto hasta muy tarde, reflexionando sobre la diferencia entre complejidad auténtica y caos emocional disfrazado de sofisticación.

Pero había algo que no podía negar: cuando estaba con Lucía, se sentía como una versión mejor de sí mismo. Más inteligente, más divertido, más auténtico. Y esa transformación, se dio cuenta, no podía ser falsa.

El amor verdadero, reflexionó mientras finalmente se quedaba dormido, quizás no se podía leer en colores o categorías. Solo se podía vivir, experimentar, y confiar en que la autenticidad reconoce la autenticidad, sin importar cuán compleja sea su manifestación.

Al día siguiente tendría su primera cita real con la mujer del punto tornasolado. Y por primera vez en semanas, decidió dejar de tratar de descifrarla y simplemente disfrutar la experiencia de conocer a alguien que prometía ser tan impredecible como fascinante.

Después de todo, los mejores colores no siempre son los más fáciles de nombrar.

CAPÍTULO OCHO

El juicio de los puntos

El jueves amaneció con esa luminosidad siniestra que tienen los días cuando el universo ha decidido expandir tu educación moral mediante la introducción de dilemas éticos que no aparecen en ningún manual de comportamiento profesional conocido por la ciencia de la justicia administrativa. Homero se despertó con la extraña sensación de que todas las lecciones cromáticas anteriores habían sido solo preparación para un examen final que requeriría no solo observar colores, sino decidir qué hacer con esa información en una situación donde las consecuencias serían reales y permanentes.

Mientras se duchaba con agua que el calentador producía cuando recordaba su compromiso con la temperatura corporal humana, reflexionó sobre la cita con Lucía del fin de semana anterior. Habían pasado cuatro horas recorriendo puestos de arte, comiendo tacos de canasta, y conversando sobre temas que iban desde la filosofía administrativa hasta sus respectivas historias familiares. Su punto tornasolado había mantenido una consistencia de colores cálidos y auténticos que había disipado la mayoría de sus dudas sobre su genuinidad.

Pero esa mañana no tenía tiempo para reflexiones románticas. Según la nota que había encontrado en su escritorio el viernes anterior, tenía una responsabilidad que requeriría toda su capacidad de juicio profesional y personal.

En el metro, observó el espectáculo cromático habitual con la familiaridad de quien ya dominaba el alfabeto emocional básico. Pero esta mañana prestó particular atención a los matices grises, como si estuviera estudiando para un examen sobre la interpretación correcta de las zonas ambiguas del alma humana.

Al llegar a la oficina, inmediatamente notó que la atmósfera había cambiado nuevamente. Había una tensión administrativa en el ambiente, esa electricidad específica que caracteriza a las instituciones cuando están a punto de presenciar uno de esos procedimientos que determinan el destino laboral de los involucrados.

—Buenos días, Homero —lo saludó doña Carmen con esa seriedad que reservaba para las ocasiones que requerían protocolo formal—. Hoy es la audiencia del expediente que le asignaron la semana pasada.

Su punto gris plateado tenía una estabilidad diferente, más densa, como metal que se hubiera preparado para soportar peso emocional considerable.

—¿La audiencia? —preguntó Homero, aunque sabía perfectamente de qué se trataba.

—Sí, mijo —explicó doña Carmen con esa paciencia que había desarrollado para acompañar a las generaciones nuevas a través de sus primeros procedimientos administrativos serios—. El caso de presunta negligencia laboral contra el trabajador de mantenimiento. Usted tiene que presentar el dictamen técnico que determina si procede o no la sanción.

Las palabras "dictamen técnico" resonaron en la mente de Homero como eufemismo elegante para "decisión que puede arruinar la vida de una persona".

Durante la semana anterior había estudiado meticulosamente el expediente del caso. Roberto Sánchez, trabajador de mantenimiento con dieciocho años de antigüedad, había sido acusado de negligencia por el licenciado Armando Vega, subdirector de Servicios Administrativos, después de que una tubería reventara en el segundo piso causando daños materiales considerables.

Según el reporte de Vega, Sánchez había ignorado múltiples advertencias sobre la necesidad de reparar la tubería, había mostrado "actitud desafiante" cuando se le solicitó atender el problema, y había utilizado "materiales inadecuados" en una reparación provisional que había empeorado la situación.

Según el testimonio de Sánchez, había reportado repetidamente que la tubería necesitaba reemplazo completo, había solicitado múltiples veces los materiales apropiados para una reparación permanente, y había advertido que las reparaciones temporales solo postergaban el problema inevitable.

El expediente incluía documentos contradictorios, testimonios de terceros que apoyaban versiones diferentes, y evidencia física que podía interpretarse de múltiples maneras dependiendo de las intenciones de quien la analizara.

En papel, era un caso complejo pero manejable. En realidad, Homero sabía que tendría que tomar una decisión que podría resultar en el despido de un trabajador con casi dos décadas de experiencia o en la protección de un funcionario que había estado encubriendo su propia incompetencia administrativa.

A las diez en punto comenzó la audiencia en la sala de juntas que había sido reacondicionada para funcionar como tribunal administrativo improvisado. El licenciado que había reemplazado a Mendoza presidía el procedimiento con esa solemnidad que caracteriza a los funcionarios cuando ejercen poder decisivo sobre las vidas de otras personas.

—Buenos días —dijo con esa formalidad que había perfeccionado para las ocasiones que requerían autoridad incuestionable—. Procederemos con la

audiencia del expediente de investigación administrativa número veintitrés guión dos mil veinticuatro. El ciudadano Homero García presentará el dictamen técnico que ha preparado después de analizar la evidencia disponible.

Su punto negro se mantuvo perfectamente estable, como siempre, pero había una densidad diferente, como si hubiera absorbido el peso de la responsabilidad que estaba ejerciendo.

Roberto Sánchez entró acompañado de su representante sindical, un hombre mayor que tenía esa solidaridad profesional que desarrollan los trabajadores después de décadas defendiendo a sus compañeros contra la arbitrariedad administrativa. Sánchez era un hombre de cincuenta y tantos años que tenía esa dignidad tranquila que caracteriza a las personas que han dedicado su vida a trabajo honesto pero poco reconocido.

Su punto era de un azul profundo y estable, como océano en calma perfecta. No había nerviosismo, no había culpa, no había resentimiento. Solo la serenidad de alguien que sabía que había hecho su trabajo correctamente y confiaba en que la verdad eventualmente prevalecería.

Era exactamente el tipo de azul que había aprendido a asociar con honestidad auténtica y conciencia limpia.

El licenciado Armando Vega entró cinco minutos después con esa confianza que caracteriza a los funcionarios que están acostumbrados a que sus versiones de los eventos sean aceptadas sin cuestionamiento serio. Era un hombre de cuarenta años que irradiaba esa autoridad administrativa que se desarrolla después de una década ocupando posiciones que otorgan poder sobre subordinados.

Su punto era de un gris que Homero no había visto antes: no era el gris plateado inteligente de doña Carmen, ni el gris perla reflexivo del ingeniero Herrera. Era un gris opaco, como niebla densa que hubiera decidido oscurecer todo lo que tocaba. Pero lo más perturbador era que ocasionalmente aparecían destellos de otros colores que se desvanecían inmediatamente, como si estuviera constantemente suprimiendo emociones que no quería que otros detectaran.

Era exactamente el tipo de gris que había aprendido a desconfiar: calculado, controlado, y probablemente ocultando información importante.

—Licenciado Vega —dijo el presidente de la audiencia—, puede presentar su versión de los hechos para el registro oficial.

Vega se levantó con esa prestancia que había perfeccionado para las presentaciones formales y comenzó a narrar los eventos con la fluidez de alguien que había ensayado su historia múltiples veces.

—Honorable presidente —dijo con esa formalidad que había perfeccionado para las ocasiones que requerían credibilidad institucional—, los hechos son claros y están debidamente documentados en el expediente.

Su punto gris opaco se mantuvo perfectamente estable mientras relataba una versión de los eventos que pintaba a Sánchez como trabajador negligente y

desafiante que había ignorado instrucciones claras y había causado daños considerables por su incompetencia profesional.

Pero Homero notó algo fascinante: cada vez que Vega mencionaba fechas específicas, documentos concretos, o detalles técnicos, su punto gris desarrollaba destellos rojizos que se desvanecían inmediatamente, como si el estrés de inventar información específica fuera demasiado intenso para mantener el control emocional completo.

Era como observar a alguien que había memorizado un guión pero ocasionalmente olvidaba sus líneas y tenía que improvisar sobre la marcha.

Cuando Vega terminó su presentación, el presidente invitó a Sánchez a dar su versión de los hechos.

Roberto se levantó con esa humildad que caracteriza a las personas que no están acostumbradas a hablar en audiencias formales pero que tienen la convicción de su propia honestidad.

—Señor presidente —dijo con una voz que combinaba respeto con firmeza—, yo siempre he hecho mi trabajo lo mejor que he podido. Durante dieciocho años he cuidado estas instalaciones como si fueran mi propia casa.

Su punto azul profundo se intensificó con cada palabra, creando un espectáculo de honestidad auténtica que era imposible de fingir.

Relató una versión completamente diferente de los eventos: múltiples reportes sobre el deterioro de la tubería que habían sido ignorados, solicitudes repetidas de materiales apropiados que habían sido negadas por "restricciones presupuestales", y advertencias específicas sobre las consecuencias inevitables de posponer mantenimiento esencial.

Su punto azul se mantuvo perfectamente estable durante toda su presentación, sin destellos de otros colores, sin fluctuaciones de intensidad, sin ninguna señal de engaño o exageración.

Era el testimonio más auténtico que Homero había presenciado desde que había desarrollado su habilidad cromática.

Después de las presentaciones iniciales, el presidente se dirigió a Homero con esa solemnidad que caracteriza a los momentos decisivos en procedimientos administrativos.

—Ciudadano García —dijo—, puede presentar su dictamen técnico basado en el análisis de la evidencia disponible.

Homero se levantó sintiendo el peso de la responsabilidad que había estado evitando confrontar durante toda la semana. En sus manos tenía el poder de determinar el destino laboral de dos personas: una que claramente había sido honesta y trabajadora durante dieciocho años, y otra que evidentemente había estado manipulando información para proteger su propia negligencia administrativa.

Según los colores de sus puntos, la decisión era obvia: Roberto era inocente y Vega estaba mintiendo.

Pero según las reglas institucionales, la decisión debía basarse en evidencia documental y testimonios oficiales, no en intuiciones cromáticas que oficialmente no existían.

Más problemático aún: Vega era subdirector con conexiones políticas importantes, mientras que Sánchez era trabajador de base sin protección institucional significativa. La "decisión técnicamente correcta" según el protocolo burocrático sería proteger al funcionario superior y sacrificar al trabajador subordinado.

La pregunta que lo paralizada no era qué colores había visto, sino qué hacer con esa información en un sistema que no reconocía su existencia.

—Presidente —comenzó Homero, sorprendido por lo firme que sonó su voz a pesar de la turbulencia interna—, después de analizar cuidadosamente toda la evidencia disponible, he llegado a las siguientes conclusiones.

Su propia decisión sobre cómo proceder se cristalizó mientras hablaba, como si las palabras estuvieran creando su convicción en tiempo real.

—Primero —continuó—, la evidencia documental muestra un patrón consistente de reportes de mantenimiento presentados por el ciudadano Sánchez durante un período de seis meses previos al incidente. Estos reportes están debidamente fechados y firmados, y describen específicamente el deterioro progresivo de la tubería en cuestión.

Observó que el punto gris de Vega desarrolló destellos rojizos más intensos, como si cada pieza de evidencia auténtica aumentara su nivel de estrés interno.

—Segundo —prosiguió Homero—, las solicitudes de materiales para reparación permanente están documentadas en el sistema de requisiciones, junto con las respuestas de "presupuesto no disponible" firmadas por la subdirección de servicios administrativos.

Los destellos rojizos en el punto de Vega se volvieron más frecuentes y duraderos, como semáforo emocional que estaba perdiendo control sobre su propio funcionamiento.

—Tercero —continuó inexorablemente—, el análisis técnico de los materiales utilizados en las reparaciones temporales muestra que eran apropiados para el tipo de intervención solicitada, aunque insuficientes para una solución permanente del problema estructural.

El punto azul de Roberto se mantuvo perfectamente estable, como océano que había encontrado paz completa durante tormenta emocional.

—Basado en esta evidencia —concluyó Homero—, mi dictamen técnico es que no existe fundamento para proceder con sanción disciplinaria contra el ciudadano Roberto Sánchez. La evidencia sugiere que el incidente resultó de mantenimiento diferido por restricciones administrativas, no de negligencia laboral individual.

Un silencio denso llenó la sala de juntas. El presidente mantuvo su punto negro perfectamente controlado, pero Homero detectó algo que podría haber sido sorpresa o respeto por la decisión inesperada.

Vega se levantó inmediatamente con esa indignación que caracteriza a los funcionarios cuando sus versiones oficiales son cuestionadas públicamente.

—Presidente —dijo con voz que trataba de sonar autoritaria pero que tenía un tono defensivo inconfundible—, solicito que se reconsidere este dictamen. Existen elementos que no han sido debidamente ponderados.

Su punto gris opaco había desarrollado una turbulencia de colores contradictorios: rojizos de ira, amarillentos de pánico, y negros de desesperación calculada.

—Licenciado Vega —respondió el presidente con esa neutralidad que había perfeccionado para manejar situaciones delicadas—, el dictamen técnico ha sido presentado siguiendo el procedimiento establecido. Si considera que existen elementos adicionales, puede presentar recurso de revisión siguiendo los canales apropiados.

Era una respuesta que técnicamente satisfacía el protocolo pero que efectivamente cerraba la discusión inmediata.

Roberto Sánchez se levantó con lágrimas en los ojos, pero su punto azul irradiaba una gratitud tan profunda y auténtica que Homero sintió que había tomado la decisión correcta independientemente de las consecuencias profesionales que pudiera enfrentar.

—Gracias —le dijo simplemente, con un apretón de manos que transmitía dieciocho años de dignidad laboral finalmente reconocida.

Después de la audiencia, mientras organizaba los documentos del caso, Homero reflexionó sobre lo que había aprendido de la experiencia.

Había descubierto que la justicia y la moral no siempre coincidían con las reglas institucionales. Que hacer lo correcto a veces requería arriesgar la seguridad profesional. Que la verdad tenía colores, pero que el sistema funcionaba en blanco y negro.

También había aprendido que su habilidad cromática no era solo herramienta de observación, sino responsabilidad ética. Si podía ver la honestidad y la deshonestidad con claridad inconfundible, tenía la obligación moral de actuar según esa información.

Esa tarde, Lucía se acercó a su escritorio con esa sonrisa que había aprendido a asociar con comprensión profunda de situaciones complejas.

—Me enteré de lo que pasó en la audiencia —le dijo—. Tuviste que tomar una decisión difícil.

Su punto tornasolado brillaba con tonalidades doradas de admiración mezcladas con azules de comprensión empática.

—Sí —respondió Homero—. Y creo que tomé la decisión correcta, aunque no necesariamente la más conveniente.

—Esas son generalmente las mejores decisiones —dijo Lucía—. Las que están bien moralmente, independientemente de si están bien políticamente.

Su punto tornasolado creó un espectáculo particularmente hermoso de colores que parecían celebrar la integridad ética sobre la conveniencia profesional.

Esa noche, mientras cenaba con su esposa, Homero reflexionó sobre la diferencia entre juicio técnico y juicio moral. Había aprendido que no siempre coincidían, pero que cuando se presentaba el conflicto, tenía que elegir según los valores que quería definir su carácter.

Los colores, se dio cuenta, no solo le permitían ver a las personas con claridad. También lo obligaban a verse a sí mismo y decidir qué tipo de persona quería ser cuando enfrentara su propio juicio moral.

Y esa decisión, a diferencia de los dictámenes técnicos, no podía delegarse a protocolos institucionales o consideraciones de conveniencia política.

Al día siguiente supo que Vega había solicitado su transferencia a otra dependencia "por motivos personales", y que Roberto había sido promovido a supervisor de mantenimiento después de que su expediente laboral fuera revisado y se descubriera un patrón de excelencia profesional que había estado siendo sistemáticamente ignorado.

Los colores, concluyó, finalmente habían prevalecido sobre la política. Al menos en esta ocasión.

Y esa pequeña victoria de la honestidad sobre la conveniencia le dio esperanza de que el sistema podía funcionar correctamente cuando las personas decidían hacer lo correcto, independientemente del costo personal que pudiera implicar.

CAPÍTULO NUEVE

La ceguera elegida

El don comenzó a desvanecerse un martes, que era el día más apropiado para que sucedieran cosas irremediables en esa oficina.

Homero lo notó primero en el café de la máquina, que ese día había decidido producir algo que se asemejaba al líquido original solo en el color. Mientras contemplaba el vaso de plástico con la resignación del funcionario que ya no espera milagros de los aparatos electrodomésticos del gobierno, reparó en que el punto de doña Carmen, normalmente un gris plateado tan predecible como el reloj de pared, tenía esa mañana una textura borrosa, como fotografía mal enfocada.

Parpadeó varias veces. El punto seguía ahí, pero con los bordes difusos, como si alguien hubiera pasado un dedo húmedo sobre tinta fresca.

—Buenos días, Homero —dijo doña Carmen con su puntualidad de treinta años—. Hoy viene la auditoría interna. Ya sabe lo que eso significa.

—Que vamos a tener reuniones sobre las reuniones que van a evaluar las reuniones anteriores —respondió Homero maquinalmente.

—Exactamente —asintió doña Carmen con la satisfacción de quien ha vivido suficientes ciclos institucionales para reconocerlos por el olfato.

Homero se quedó mirando su punto gris mientras ella se alejaba. Los bordes se fueron aclarando poco a poco, hasta recuperar la nitidez habitual. Respiró con alivio y se convenció de que había sido el café, el cansancio, o alguna combinación de ambos factores que la ciencia médica probablemente tenía catalogada como "síndrome del funcionario en lunes existencial a mitad de semana."

Durante la mañana todo pareció volver a la normalidad. Los puntos del equipo de auditoría eran un espectáculo particularmente rico: dos negros sólidos con esa densidad profesional que tienen quienes han hecho de la desconfianza institucional una vocación remunerada; un amarillo intenso que Homero identificó inmediatamente como el tipo que buscaba errores ajenos no para corregirlos sino para construir su expediente de ascenso; y una mujer mayor con un azul tranquilo que sugería que genuinamente creía en la posibilidad de que las instituciones funcionaran, lo cual en ese contexto era un tipo de fe que rozaba lo sobrenatural.

Pero a las tres de la tarde, durante una reunión donde se discutía la urgente necesidad de crear un formulario para reportar la falta de formularios, Homero miró al licenciado Fuentes —un hombre de puntos grises con destellos ocasionales de verde que sugería ambición con moderación— y por primera vez en semanas no vio nada.

No un punto borroso. No un punto pálido. Nada.

La frente de Fuentes era solo una frente.

Se le cayó el bolígrafo. El sonido del plástico contra el linóleo fue tan pequeño que nadie lo notó, pero a Homero le pareció el ruido más contundente que había escuchado desde el rayo.

—¿Se siente bien? —le susurró Lucía desde el asiento contiguo.

—Sí —mintió, y el punto tornasolado de Lucía brilló con un amarillo suave que él interpretó como duda compasiva.

Al salir de la reunión fue directo al baño, que era el único lugar en esa dependencia donde un funcionario podía tener una crisis existencial con algo de privacidad. Se miró en el espejo con la misma expectativa con que llevaba meses mirándose: sin resultado. Su propia frente seguía siendo el único territorio cromáticamente neutral de su universo.

Salió y pasó el resto de la tarde observando a sus compañeros con una atención que debió parecer perturbadora. La mayoría de los puntos estaban presentes y en orden. Pero tres veces más en esa jornada —con Gómez, con la secretaria nueva, con el guardia de la entrada— el don simplemente no apareció.

Esa noche le contó todo a Lucía.

Se habían hecho costumbre los miércoles: salían después del trabajo a una fonda del Centro Histórico donde la dueña, una señora oaxaqueña con un punto verde oscuro y firme que Homero asociaba con sabiduría práctica acumulada a lo largo de décadas, los trataba con la familiaridad afectuosa de

quien reconoce a dos personas que todavía no saben exactamente en qué se están convirtiendo pero que definitivamente se están convirtiendo en algo.

—Está pasando algo —dijo Homero, girando la cuchara en el caldo de frijoles sin propósito aparente—. El don está fallando.

Lucía no pareció sorprendida. Su punto tornasolado adoptó una tonalidad verde azulada que él había aprendido a leer como pensamiento profundo en proceso.

—¿Fallando en qué sentido?

—Hay personas a las que ya no les veo el punto. No es que esté borroso. Es que no está. Como si la señal se cortara.

—¿Con qué personas ya no lo ves?

Homero pensó. Fuentes, cuya ambición moderada era predecible sin necesidad de códigos cromáticos. La secretaria nueva, que en dos días de observación había demostrado ser básicamente inofensiva. El guardia, cuya honestidad laboral era tan evidente en su manera de saludar y de abrir la puerta que cualquier lector competente de lenguaje humano ordinario podría haberla detectado sin dones especiales de ninguna clase.

—Con gente que ya sé cómo es —dijo lentamente, mientras la idea tomaba forma—. O que no necesito saber.

Lucía asintió con esa expresión que tenía cuando esperaba que él llegara solo a la conclusión que ella ya había vislumbrado.

—¿Y con los que todavía ves el punto?

Homero pensó de nuevo. El punto negro del nuevo subdirector que había llegado para reemplazar a Vega y que aún no había demostrado en qué dirección usaría su poder. El punto amarillo del auditor joven, cuyas intenciones seguían siendo genuinamente ambiguas. Doña Carmen, cuyo gris plateado seguía siendo un consuelo pero también un enigma: treinta años en la misma silla, lealtad institucional intacta, y una historia personal que Homero solo había rozado superficialmente.

—Con los que todavía no entiendo del todo —respondió.

—O con los que la información todavía importa —dijo Lucía.

Se quedaron en silencio un momento. La señora oaxaqueña llegó a llenar las tazas de café con esa discreción que tienen las personas que saben cuándo una conversación necesita espacio y cuándo necesita interrupción, y en ese momento necesitaba espacio.

—¿Te asusta? —preguntó Lucía.

Homero consideró la pregunta con honestidad. La respuesta que encontró lo sorprendió.

—Un poco —admitió—. Pero no de la manera que esperaba. No me asusta perder la habilidad. Me asusta no saber si la estoy perdiendo porque ya no la necesito, o porque estoy dejando de merecer tenerla.

El punto de Lucía se volvió completamente dorado durante varios segundos, de una manera que Homero había aprendido a reconocer como la señal

cromática de algo importante que estaba siendo pensado con cuidado antes de decirse.

—¿Recuerdas lo que me dijiste sobre el intendente Crescencio el primer día?

—Que tenía un punto blanco pequeño pero brillante.

—¿Y ahora?

Homero frunció el ceño. Esa mañana había cruzado a don Crescencio en el pasillo. El intendente le había saludado con esa sonrisa desgastada pero genuina de siempre, le había dicho que el elevador estaba en mantenimiento otra vez, y había seguido su camino con el cubo y el trapeador que eran sus atributos permanentes.

Y Homero no había visto ningún punto.

No porque Crescencio hubiera cambiado. Sino porque, después de meses de observarlo, ya no necesitaba ninguna señal externa para saber exactamente quién era. Era tan evidente como la luz de mediodía en el patio central de la dependencia.

—No le vi nada esta mañana —dijo.

—Porque ya lo sabes de memoria —respondió Lucía con suavidad—. Los colores te dijeron lo que necesitabas saber. Después de eso, sigues viendo a la persona, no la etiqueta.

Homero dejó la cuchara en el plato. En el fondo de la fonda alguien había puesto una canción de Cri-Cri en versión de marimba que debería haber resultado completamente incongruente con la conversación y sin embargo no lo era en absoluto.

—Entonces no es que lo esté perdiendo —dijo.

—Quizás lo estás completando —dijo Lucía.

La semana siguiente fue una semana de inventario cromático involuntario.

El lunes: Gómez, sin punto. Lo cual no era sorprendente dado que Homero llevaba más de un año compartiendo cubículo con él y conocía su mapa de ambiciones amarillentas con la familiaridad de quien ha memorizado el recorrido de su propia colonia.

El martes: la licenciada Malena, con punto. Negro como siempre, denso como siempre. Pero ahora con algo nuevo: un hilo plateado casi imperceptible que Homero no había visto antes, tan tenue que durante un momento pensó que era un efecto de la luz fluorescente que llevaba años prometiendo ser reemplazada por una que no parpadeara.

El miércoles: el nuevo subdirector, con punto negro que había adquirido ciertos destellos verdes que Homero interpretó con cautela como posible apertura a la negociación, lo cual en el lenguaje institucional podía significar flexibilidad ética genuina o simplemente corrupción con mejores modales.

El jueves: tres compañeros sin punto, dos con punto, y don Crescencio al que saludó en el pasillo y en cuya frente Homero buscó instintivamente la pequeña estrella blanca y no encontró nada, pero tampoco necesitaba

encontrar nada porque Crescencio era Crescencio y eso era suficiente información.

El viernes: vio su propio punto por primera vez.

Fue por accidente. Pasaba frente al espejo grande del baño del tercer piso — el único espejo de tamaño completo en toda la dependencia, instalado originalmente para que los funcionarios verificaran su presentación antes de las audiencias importantes— cuando de reojo captó un destello.

Se detuvo. Se acercó. Se miró con la misma atención con que había mirado a cientos de personas durante meses.

En su propia frente había un punto. Pequeño, impreciso todavía, pero inconfundiblemente presente. No era blanco como el de Crescencio. No era el azul profundo del trabajador Roberto. Era algo intermedio: un gris azulado con destellos de blanco que aparecían y desaparecían, como luna detrás de nubes de movimiento rápido.

No era un veredicto. Era una pregunta.

Esa noche, en la fonda del Centro, se lo contó a Lucía.

—¿Y qué sentiste? —preguntó ella.

—Alivio —respondió Homero, con la honestidad que había aprendido a practicar en esas conversaciones—. No porque el punto fuera blanco. Sino porque existía. Porque después de meses de no poder verme, por fin había algo ahí.

—¿Qué color era?

—Gris con destellos de blanco. Como proceso. Como trabajo en curso.

Lucía sonrió, y su punto tornasolado hizo esa cosa que hacía a veces cuando estaba genuinamente satisfecha: todos los colores se aclararon al mismo tiempo, como si el caleidoscopio hubiera encontrado por un momento su configuración óptima.

—Ese es el mejor punto que has descrito —dijo.

—¿Por qué?

—Porque es el único que puede cambiar hacia donde tú decidas.

Homero la miró. Llevaba meses mirándola, con y sin el don, y había llegado a la conclusión de que el punto tornasolado no era una anomalía ni un misterio: era simplemente el color de alguien que había decidido no simplificarse para facilitar la lectura ajena. El punto de Lucía cambiaba porque ella cambiaba, porque prestaba atención, porque se negaba a la comodidad de ser predecible.

Era, comprendió, el punto más honesto que había visto en toda su carrera cromática.

—Tengo que contarte algo —dijo ella entonces, con una seriedad nueva que hizo que su punto adoptara un azul profundo y estable.

—¿Qué?

—Mi contrato termina el mes que viene. La consultoría concluyó. Voy a tener que irme de la dependencia.

El silencio que siguió fue de esa variedad densa que ocupa el espacio físico de la misma manera que el humo o la música.

—¿A dónde? —preguntó Homero.

—Eso depende —dijo Lucía, y su punto recuperó el tornasolado habitual, pero con una intensidad que Homero nunca le había visto—. De varias cosas.

No le preguntó de cuáles. Pero cuando salieron a la calle y el aire del Centro Histórico tenía ese olor específico de ciudad vieja en noche de entre semana, Homero notó que los puntos de los transeúntes que pasaban a su lado eran menos nítidos que antes. No ausentes. Solo menos urgentes.

Como si el mundo hubiera bajado el volumen.

O como si él, finalmente, hubiera aprendido a escucharlo sin necesitar que gritara.

CAPÍTULO DIEZ

La renuncia luminosa

El lunes en que Homero Rascón decidió renunciar amaneció igual que todos los lunes desde que tenía memoria: con el despertador sonando quince minutos antes de lo necesario, el olor a café aguado que subía desde el Oxxo de la planta baja, y la certeza gris e institucional de que habría una junta a las nueve para planificar la junta de las once donde se discutiría la agenda de la junta del jueves. La diferencia era que ese lunes, por primera vez en cinco años, Homero se sentó en la orilla de la cama y no se levantó de inmediato.

Se quedó ahí, con los pies colgando, contemplando sus pantuflas —un regalo de navidad de su madre, con forma de osos cafés que ya habían perdido las orejas por el uso— y pensó que las pantuflas sin orejas eran una metáfora razonablemente precisa de lo que cinco años en la Supervisión Interna de Contratos Colectivos le habían hecho a su entusiasmo original.

—¿Ya te vas a levantar o me platicas qué estás tramando? —dijo Lucía desde la cocina, con ese tono de quien ya sabe la respuesta pero prefiere escucharla en voz alta.

Homero sonrió. Lucía tenía esa habilidad particular de leer sus silencios como si fueran documentos oficiales: con atención, sin saltarse los anexos.

—Hoy voy a renunciar —dijo, y la frase sonó en el departamento con la solidez de algo que llevaba mucho tiempo esperando ser dicho.

Hubo una pausa. Luego el sonido de una taza colocada con cuidado sobre la barra de la cocina.

—Ya sé —respondió Lucía—. Te lo noto desde el martes pasado. Desde que dejaste de traer el portafolio.

—¿Qué tiene que ver el portafolio?

—Que cuando uno ya no lleva trabajo a casa, es porque ya no cree que el trabajo valga la pena llevarlo.

Homero se levantó y fue a la cocina. El café —el de ellos, no el del Oxxo— olía a algo completamente diferente: a cardamomo y a mañana de domingo, aunque fuera lunes. Lucía lo miraba con ese punto tornasolado que llevaba meses siendo predominantemente dorado, con destellos de verde tranquilo. Hacía tiempo que Homero había dejado de ver los colores con la nitidez de antes, pero los de Lucía todavía alcanzaba a percibirlos, aunque fuera como una impresión más que como una certeza. Como recordar un sueño a media tarde: los contornos, no los detalles.

—¿Y si sale mal? —preguntó, porque era la pregunta que había estado aplazando.

—¿Más mal que quedarte? —respondió Lucía, y en su tono no había reproche sino la lógica serena de alguien que ha pensado el problema por los dos.

Homero tomó su taza. Tenía razón, como casi siempre. La permanencia en ese lugar ya no era una decisión: era solo inercia disfrazada de prudencia.

Llegó a la oficina media hora antes de lo habitual, lo cual ya era en sí mismo una anomalía suficiente para despertar sospechas. Gómez, que llevaba el punto amarillo de siempre pero que en los últimos meses había adquirido un tono más pálido —como amarillo que ha sido lavado demasiadas veces—, lo miró con esa curiosidad que precede al chisme.

—Llegaste temprano —observó, con el mismo tono con que se anuncia un eclipse.

—Tengo cosas que hacer —respondió Homero.

—¿Cosas buenas o cosas de las que hay que avisar a Recursos Humanos?

—De las segundas.

Gómez asintió despacio, con la resignación de quien veía venir algo desde hace tiempo y decidió no decirlo para no gafarlo.

—¿La licenciada Malena lo sabe?

—Lo va a saber en quince minutos.

La licenciada Malena tenía el mismo punto negro de siempre, aunque Homero lo percibía ahora con menos intensidad, como si la pantalla a través de la cual veía los colores hubiera bajado la resolución. No era que el punto hubiera cambiado —él sabía que no—, sino que su propio instrumento de percepción se estaba retirando con la discreción de quien ya cumplió su función.

La encontró revisando un expediente con esa concentración táctica de los funcionarios que leen documentos no para entenderlos sino para buscar en ellos lo que necesitan que digan.

—Rascón —dijo sin levantar la vista—. Siéntese.

—Gracias, licenciada, pero lo que tengo que decirle es breve.

Ella levantó la vista. Había aprendido a leerlo en cinco años, y lo que leyó en ese momento no le gustó, aunque tampoco le sorprendió del todo.

—No me diga que...

—Presento mi renuncia. —Homero colocó el sobre blanco sobre el escritorio con la misma delicadeza con que se deposita algo frágil: no por respeto al recipiente, sino por respeto a uno mismo—. Con treinta días de anticipación, conforme a la ley.

La licenciada Malena miró el sobre. Su punto negro pulsó una vez, dos, y luego se asentó en una frecuencia que Homero interpretó —todavía podía interpretarlos, aunque apenas— como algo cercano a la indiferencia calculada.

—¿Tiene otra oferta?

—Tengo un proyecto propio.

—¿En el sector privado?

—En el sector de dormir bien por las noches.

Hubo un silencio. La licenciada Malena recogió el sobre con dos dedos, como si fuera un documento de naturaleza incierta.

—Procederemos conforme al reglamento —dijo finalmente, con esa frase que en el lenguaje burocrático significa todo y nada simultáneamente.

Homero asintió, dio las gracias con una cortesía genuina —porque una cosa era no querer seguir y otra muy distinta ser grosero con alguien que, a su modo, solo había navegado las mismas aguas turbias que todos—, y salió.

Los treinta días siguientes transcurrieron con esa extraña ligereza que tiene el tiempo cuando uno ya sabe que está de salida. Homero descubrió que la burocracia, vista desde la perspectiva de quien ya no le teme, tenía una comicidad que antes le había pasado inadvertida. Las juntas eran performances de seriedad sin contenido. Los memorandos eran poesía concreta en formato oficial. Los expedientes eran novelas de terror con desenlace siempre igual: archivados, olvidados, reclasificados.

Gómez lo invitó a comer el último viernes.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó, con esa mezcla de envidia y alivio que produce en los que se quedan ver marcharse a alguien que tuvo el valor de irse.

—Un bufete pequeño. Derecho administrativo, auditorías independientes, ese tipo de cosas.

—¿Va a ganar menos.

—Mucho menos.

—¿Y?

—Y voy a dormir mejor. Que para el promedio de horas que me queda de vida, ya es un argumento suficiente.

Gómez masticó su enchilada en silencio. Su punto amarillo, Homero lo notó con sorpresa, había adquirido un tono más cálido, menos competitivo. Como si la conversación le hubiera movido algo.

—A veces pienso que yo también... —empezó Gómez.

—Hazlo —dijo Homero, sin dramatismo.

—Tengo la hipoteca.

—Todos tenemos algo. La hipoteca, los hijos, los padres, el miedo. —Homero bebió un poco de agua—. Pero hay un momento en que el costo de quedarse supera al costo de irse. Ese momento ya lo pasé yo. Tú sabrás cuándo te llega.

Gómez no respondió. Pero tampoco cambió de tema, que era ya una forma de responder.

El último día, Homero llegó una hora antes para devolver los accesos, entregar los expedientes en proceso y firmar los documentos de liquidación con la ceremonia sobria que merecen los cierres sin aspavientos. Don Crescencio, el intendente, lo esperaba en el pasillo con un abrazo breve y firme.

—Ya me contaron, licenciado —dijo—. Se va a estar bien.

—Usted cómo lo sabe, don Crescencio.

El viejo intendente se encogió de hombros con esa sabiduría práctica de quien ha visto pasar veinte generaciones de funcionarios por los mismos pasillos.

—Porque los que se van con la frente limpia siempre se están bien. Los que se quedan con la conciencia sucia son los que luego no duermen.

Homero lo miró. El punto blanco de don Crescencio brillaba con la misma intensidad tímida y constante del primer día, como una estrella pequeña que no necesita ser la más grande para ser la más real. Era el punto que menos había cambiado en cinco años. El más confiable.

—Gracias, don Crescencio —dijo, y lo dijo en serio.

A las dos de la tarde, con la liquidación firmada y el escritorio vacío de todo excepto de una mancha de café que llevaba ahí desde antes de que él llegara y seguiría después de que se fuera, Homero tomó su saco del respaldo de la silla, recogió la foto de sus padres que había tenido en el cajón —no en el escritorio, en el cajón, porque ese lugar no merecía cosas que uno quería— y salió por última vez.

En la planta baja, antes de empujar la puerta giratoria hacia la calle, pasó frente al espejo del vestíbulo. Era un espejo grande, institucional, de esos que llevan décadas en los edificios de gobierno y han visto pasar tanta historia que ya la reflejan con cierta ironía.

Homero se detuvo.

No había planeado detenerse. Pero algo lo hizo mirarse, con esa atención que uno raramente le concede al propio reflejo cuando no está buscando defectos sino simplemente viendo.

Y entonces lo vio.

Pequeño. Del tamaño de una moneda de un peso, no más. Pero ahí estaba, en el centro de su frente, pulsando con una luz quieta y constante:

Un punto blanco.

No brillante como el sol ni dramático como los puntos negros que había visto absorber la luz a su alrededor. Solo blanco. Limpio. Real.

Homero se quedó inmóvil durante lo que pudo haber sido un segundo o un minuto entero. Luego, despacio, una sonrisa le cruzó la cara. No la sonrisa del triunfo ni la del alivio, sino algo más simple y más difícil de conseguir: la sonrisa del que se reconoce.

El rayo, pensó, no le había dado la capacidad de juzgar a los demás.

Le había dado el tiempo necesario para aprender a juzgarse a sí mismo.

Empujó la puerta y salió a la calle. Afuera brillaba el sol con esa insolencia luminosa que tiene la Ciudad de México cuando decide ser hermosa sin avisar. Sacó su teléfono y escribió un mensaje:

"Ya salí. Voy para allá. ¿Hacemos el papeleo del bufete hoy?"

La respuesta de Lucía llegó en menos de diez segundos, con el entusiasmo preciso de quien ya tenía los documentos listos desde la semana anterior:

"Desde ayer están impresos. Te espero con café de verdad."

Homero guardó el teléfono, ajustó el saco sobre el hombro, y echó a andar hacia el metro.

El punto blanco, si seguía ahí, lo llevaba consigo.

Pero ya no necesitaba un espejo para saberlo.

EPÍLOGO

La humanidad en colores

Tres años después de renunciar, Homero Rascón escribió un ensayo de cuarenta y dos páginas que ninguna revista académica quiso publicar.

Los rechazos llegaron con esa cortesía institucional reservada para los textos que incomodan sin ser abiertamente incorrectos: *"No se ajusta a nuestra línea editorial"*, *"El tema requiere mayor sustento empírico"*, *"Interesante propuesta, pero fuera del perfil de nuestra publicación."* El último, de una revista de bioética, fue más honesto: *"El argumento central asume una premisa que no puede demostrarse."* Homero archivó ese último con particular cariño, porque tenían razón, y porque esa honestidad valía más que cualquier aceptación condescendiente.

El ensayo se llamaba *El espectro ético de la condición humana*, y su argumento central era, en efecto, imposible de demostrar: que los seres humanos no son ni buenos ni malos, sino frecuencias. Ondas que oscilan entre la generosidad y el miedo, entre la integridad y la conveniencia, y que en cualquier momento dado pueden estar vibrando en un registro o en otro dependiendo de factores que tienen tanto de biología como de circunstancia, tanto de carácter como de cansancio.

La tesis que las revistas rechazaron era simple: juzgar a una persona por el color fijo que muestra en un momento determinado es tan inexacto como fotografiar el mar y creer que ya lo conoces.

Lo sabía porque había tenido el don. Y lo sabía porque lo había perdido.

El bufete funcionaba en un segundo piso de la colonia Narvarte, entre una papelería que olía a Resistol y un dentista cuyos pacientes hacían una fila discreta y estoica en el pasillo. La oficina era pequeña — dos escritorios, una impresora que cooperaba en días nones, y una planta de jade que Lucía había traído el primer día con la convicción de que las plantas de jade atraen prosperidad, aunque ambos sabían que lo que realmente atraía clientes era el letrado claro y el precio justo.

Ganaban menos que antes. Dormían mejor que nunca.

Los clientes que llegaban al bufete de Homero Rascón eran, en su mayoría, personas que habían agotado las opciones más costosas o que desconfiaban de los despachos grandes por razones que casi nunca explicaban pero que Homero entendía sin necesidad de que lo hicieran. Llegaban con expedientes desorganizados, con contratos firmados sin leer, con derechos vulnerados que nadie les había explicado que tenían.

Homero los atendía sin ver puntos de colores. Hacía tiempo que los colores se habían ido — no de golpe, sino como se va la luz al atardecer: gradualmente, sin anuncio, hasta que un día uno se da cuenta de que ya es de noche y no sabe exactamente cuándo ocurrió el cambio.

Al principio la ausencia lo había inquietado. Luego lo había liberado. Y finalmente lo había enseñado algo que los cinco años de don cromático no habían logrado del todo: que la capacidad de distinguir entre lo correcto y lo incorrecto no residía en ninguna visión especial, sino en la atención. En la voluntad de seguir mirando cuando sería más cómodo desviar la vista.

Una tarde, mientras revisaba el borrador rechazado por decimotercera vez — no para mejorarlo, sino con esa costumbre de los escritores frustrados de releer lo que nadie lee—, Lucía asomó la cabeza por la puerta de su estudio.

—¿Otra vez el ensayo?

—Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—En si me equivoqué. En el argumento central. —Homero dejó el borrador sobre el escritorio—. Tal vez sí era demasiado simple.

Lucía entró, se sentó en el brazo del sillón con esa economía de movimientos que tenía para las conversaciones importantes, y lo miró.

—¿Cuál era el argumento exactamente?

—Que nadie es un solo color. Que todos somos luz y sombra. Que la bondad no está en lo que eres, sino en lo que decides cada día.

—¿Y eso te parece equivocado?

—Me parece que es lo más difícil de sostener cuando conoces a gente que toma las mismas decisiones malas todos los días durante veinte años.

Lucía consideró esto.

—¿Y si eso también es una decisión? ¿La de no cambiar?

Homero la miró. Era la misma pregunta que su ensayo no había logrado responder con claridad suficiente. Y era posible, pensó, que la razón por la que ninguna revista lo publicaba no fuera que el argumento fuera débil, sino que era incómodo de una manera muy específica: le exigía al lector aceptar que las personas que han hecho daño también son frecuencias, también oscilan, también podrían —en principio, bajo otras circunstancias, con otras decisiones— haber vibrado diferente.

Era más fácil creer en los puntos negros fijos. Más ordenado. Más seguro.

Pero él ya no podía creer en eso. No después de haber visto el punto amarillo de Gómez palidecer con el tiempo. No después de haber visto al licenciado Vázquez, el de los destellos rojos, llegar un día al bufete —avergonzado, envejecido, con un expediente de separación bajo el brazo— y pedir ayuda con una humildad que en sus años de gobierno jamás había mostrado. No después de haber visto, en el espejo del vestíbulo, su propio punto blanco aparecer justo cuando creía que el don se había ido del todo.

—Tienes razón —dijo finalmente—. También es una decisión.

—Entonces el ensayo no está equivocado —dijo Lucía—. Solo es incómodo. Y los textos incómodos siempre tardan más en encontrar su lugar.

Esa noche, después de cenar, Homero abrió el archivo del ensayo y añadió un párrafo final que las versiones anteriores no tenían:

"El don que creí haber perdido no era la visión de los colores. Era la disposición a seguir mirando cuando ya no había señales externas que me indicaran qué ver. Los colores fueron el andamiaje. Lo que quedó cuando el andamiaje se retiró fue, simplemente, la conciencia. Y la conciencia, a diferencia de los dones, no se pierde. Solo se elige, o no se elige, cada mañana."

Guardó el archivo. No lo envió a ninguna revista.

Apagó la lámpara del estudio y fue al baño antes de dormir. En el espejo — un espejo pequeño, doméstico, sin la ironía institucional del vestíbulo de su antigua oficina — se miró un momento.

No vio ningún punto.

Pero tampoco lo necesitaba.

Sonrió, apagó la luz, y fue a acostarse junto a Lucía, que dormía con esa placidez absoluta de las personas que han hecho las paces con sus propias decisiones.

Afuera, la ciudad pulsaba con todos sus colores mezclados: el amarillo de los anuncios, el rojo de los frenos, el blanco frío de las pantallas, el negro profundo de los callejones. Una frecuencia enorme y caótica y absolutamente humana.

Homero cerró los ojos.

Yo no perdí el don, pensó, en ese espacio blando entre la vigilia y el sueño.

Solo dejé de necesitarlo.

—FIN